



Un Movimiento Mundial de Iglesias Evangélicas Presbiterianas

La Confesión de Fe de Westminster *en Español*

Iglesia Evangélica Presbiteriana

Iglesia Evangélica Presbiteriana
5850 T.G. Lee Blvd., Suite 510
Orlando, FL 32822 info@epc.org www.epc.org

Tercera Edición 2010 15ª
Impresión 2017

El Catecismo Menor de Westminster con permiso del Seminario Teológico Reformado y la Presbyterian and Reformed Publishing Company.

Escritura tomada de la SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL. Copyright © 1973, 1978, 1978 Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso de Zondervan Bible Publishers.

Copyright © 2010 Iglesia Evangélica Presbiteriana

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin permiso, excepto por un crítico que puede citar breves pasajes en una reseña; ni ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o grabada por medios mecánicos, electrónicos, fotocopias u otros medios sin permiso.

Contenido

Prefacio	iii
Lo Esencial de Nuestra Fe	iv
Exposición de motivos de "Lo esencial de nuestra fe".....	v
Textos probatorios.....	vi
La Confesión de Westminster	
1. La Sagrada Escritura.....	3
2. Dios y la Santísima Trinidad.....	6
3. Los Decretos Eternos de Dios.....	8
4. Creación	10
5. Providencia	11
6. La Caída del Hombre, el Pecado y el Castigo por el Pecado	13
7. La Alianza de Dios con el Hombre.....	14
8. Cristo el Mediador.....	16
9. El Libre Albedrío.....	19
10. El Llamamiento Eficaz	20
11. Justificación	21
12. Adopción	23
13. Santificación	24
14. La Fe Salvadora	25
15. Arrepentimiento que Conduce a la Vida.....	26
16. Las Buenas Obras.....	27
17. La Perseverancia de los Santos.....	29
18. La Seguridad de la Gracia y la Salvación.....	30
19. La Ley de Dios.....	32
20. Libertad Cristiana y Libertad de Conciencia.....	34
21. Culto Religioso y Día de Reposo.....	36
22. Juramentos y Votos Legales.....	38
23. Autoridades Civiles.....	40
24. Matrimonio y Divorcio.....	42
25. La Iglesia.....	44
26. La Comunidad de los Santos.....	45

27. Los Sacramentos	46
28. El Bautismo	47
29. La Cena del Señor	48
30. Condenación por la Iglesia.....	50
31. Sínodos y Concilios.....	51
32. La Condición del Hombre después de la Muerte y la Resurrección de los Muertos	52
33. El Juicio Final	53
34. El Espíritu Santo	54
35. El Evangelio del Amor de Dios y las Misiones	55

Epílogo Sobre los Textos

PRÓLOGO

La Constitución de la Iglesia Evangélica Presbiteriana consiste en el **Libro de Orden** (compuesto por *El Libro de Gobierno*, *El Libro de Disciplina* y *El Libro de Adoración*), la **Confesión de Fe de Westminster** (incluyendo los Catecismos Mayor y Menor) y el documento *Esenciales de Nuestra Fe*. Todos estos documentos están subordinados a la Escritura, que es "la autoridad suprema y final en todos los asuntos sobre los que habla".

Tiene en su poder el segundo volumen de la Constitución de la Iglesia Evangélica Presbiteriana. Por recomendación del Comité de Educación Cristiana y Publicaciones, la 28ª Asamblea General (2008) aprobó la publicación de los Documentos de Gobierno de el EPC en un formato más cómodo y asequible. Lo que antes era el "Libro Azul" de hojas sueltas ahora estará disponible como:

La Constitución: Volumen 1– *El Libro de Orden* (que incluye el Reglamento de la Asamblea, las Actas de la Asamblea y los Formularios de Disciplina)

La Constitución: Volumen 2– *La Confesión de Fe y los Catecismos de Westminster* (en español), *Esenciales de Nuestra Fe*

Los *Formularios de Servicio*, que originalmente formaban parte del "Libro Azul", se publicarán por separado en forma de folleto, fácilmente utilizable por quienes presiden los Sacramentos o la ordenación e instalación de oficiales. Está prevista una publicación separada de los Documentos de la Asamblea General como referencia para las iglesias.

Teniendo las normas de Westminster como fundamento doctrinal desde nuestros comienzos en 1981, el EPC adoptó la edición inglesa moderna de la Confesión en 1984. Posteriormente, el Catecismo Menor Inglés moderno se popularizó en el EPC, y la 24ª Asamblea General (2004) aprobó el Catecismo Mayor en español.

De acuerdo con el acta de la 5ª Asamblea General (1985), "Lo Esencial de Nuestra Fe" se publica aquí junto con la "Declaración explicativa" añadida por la 22ª Asamblea General (2002).



Rev. Dr. D. Dean Weaver, Secretario Permanente
Abril 2024

Lo Esencial de Nuestra Fe

Toda la Escritura se atestigua a sí misma y, por ser Verdad, exige nuestra sumisión sin reservas en todos los ámbitos de la vida. La infalible Palabra de Dios, los sesenta y seis libros del Antiguo y Nuevo Testamento, es un testimonio completo y unificado de los actos redentores de Dios que culminaron en la encarnación del Verbo Viviente, el Señor Jesucristo. La Biblia, única y plenamente inspirada por el Espíritu Santo, es la autoridad suprema y final en todos los asuntos sobre los que habla.

Sobre este fundamento seguro afirmamos estos Esenciales adicionales de nuestra fe.

1. Creemos en un solo Dios, el soberano Creador y Sustentador de todas las cosas, infinitamente perfecto y eternamente existente en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. A Él sea todo honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos.
2. Jesucristo, el Verbo vivo, se hizo carne mediante su concepción milagrosa por el Espíritu Santo y su nacimiento virginal. Él, que es Dios verdadero, se hizo hombre verdadero unido en una sola Persona para siempre. Murió en la cruz en sacrificio por nuestros pecados según las Escrituras. Al tercer día resucitó corporalmente de entre los muertos, ascendió al cielo, donde, a la diestra de la Majestad en lo Alto, es ahora nuestro Sumo Sacerdote y Mediador.
3. El Espíritu Santo ha venido para glorificar a Cristo y aplicar la obra salvadora de Cristo a nuestros corazones. Nos convence de pecado y nos atrae al Salvador. Habitando en nuestros corazones, nos da nueva vida, nos capacita y nos imparte dones para el servicio. Nos instruye y nos guía a toda la verdad, y nos sella para el día de la redención.
4. Al estar alejados de Dios y condenados por nuestra pecaminosidad, nuestra salvación depende totalmente de la obra de la gracia gratuita de Dios. Dios acredita su justicia a aquellos que ponen su fe sólo en Cristo para su salvación, y por lo tanto los justifica ante sus ojos. Sólo los que nacen del Espíritu Santo y reciben a Jesucristo llegan a ser hijos de Dios y herederos de la vida eterna.
5. La verdadera Iglesia se compone de todas las personas que, por la fe salvadora en Jesucristo y la obra santificadora del Espíritu Santo, están unidas en el cuerpo de Cristo. La Iglesia encuentra su expresión visible, aunque imperfecta, en congregaciones locales donde se predica la Palabra de Dios en su pureza y se administran los sacramentos en su integridad, donde se practica la disciplina bíblica y donde se mantiene una comunión amorosa. Para su perfeccionamiento, espera el regreso de su Señor.
6. Jesucristo vendrá de nuevo a la tierra -personal, visible y corporalmente- para juzgar a los vivos y a los muertos, y para consumar la historia y el plan eterno de Dios. "Así pues, ven, Señor Jesús". (Apoc. 22:20)
7. El Señor Jesucristo ordena a todos los creyentes proclamar el Evangelio por todo el mundo y hacer discípulos de todas las naciones. La obediencia a la Gran Comisión requiere un compromiso total con "Aquel que nos amó y se entregó por nosotros". Él nos llama a una vida de amor abnegado y de servicio. "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". (Ef. 2:10)

Estos Fundamentos se exponen con más detalle en la Confesión de Fe de Westminster.

En lo Esencial..... Unidad
En lo no esencial..... Libertad
En todas las cosas..... Caridad

Exposición de motivos de *“Lo esencial de nuestra fe”*

La Confesión de Fe de Westminster es una declaración confesional del presbiterianismo ortodoxo. La Confesión de Fe de Westminster es nuestra norma de doctrina tal como se encuentra en las Escrituras. Es una declaración positiva de la Fe Reformada. La Confesión de Fe de Westminster constituye un sistema de verdad bíblica que un oficial de la Iglesia Evangélica Presbiteriana está obligado a creer, reconociendo que cada tribunal individual tiene la libertad de permitir excepciones que no infrinjan el sistema de doctrina en la Confesión de Fe de Westminster.

"Lo esencial de nuestra fe" es una declaración irénica del evangelicalismo histórico. El propósito de "Lo esencial de nuestra fe" es definir las creencias fundamentales de la fe cristiana. Expresa las creencias cristianas históricas comunes a todos los verdaderos creyentes e iglesias de todo el mundo. "Lo esencial de nuestra fe" no pretende ser la prueba exclusiva de ortodoxia para la ordenación. No se pretende que se utilice como norma explícita de creencias básicas mínimas para los candidatos, la ordenación o los exámenes ministeriales. No debe interpretarse como un sustituto de la Confesión de Fe de Westminster.

Tanto la Confesión de Fe de Westminster como "Lo esencial de nuestra fe" son documentos importantes en la Iglesia Evangélica Presbiteriana. La Confesión de Fe de Westminster y "Lo esencial de nuestra fe" no son declaraciones alternativas de la verdad, ni son declaraciones competitivas de la verdad. Cada una sirve a propósitos importantes y armoniosos dentro de la Iglesia Evangélica Presbiteriana. La Confesión de Fe de Westminster preserva nuestro compromiso con la ortodoxia histórica de la Fe Reformada. "Esenciales de Nuestra Fe" preserva nuestro compromiso con el evangelicalismo histórico.

Textos de Prueba

Esta edición contiene un compendio de todos los textos de prueba citados para apoyar las posiciones articuladas en las ediciones británica y estadounidense de las normas de Westminster. Ha habido tres versiones principales de los textos de prueba de la Confesión de fe: (a) la edición británica de 1647, (b) una revisión de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América (PCUSA) en 1894, y (c) una revisión igualmente extensa de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos (PCUS) en 1910. Las dos revisiones contienen cientos de adiciones y supresiones. Ninguna de las supresiones se indica aquí en las notas, pero sí todas las adiciones, junto con los textos de prueba originales. Para el Catecismo Mayor de 1648, el PCUSA también hizo una extensa revisión en 1894, que fue seguida en gran medida por el PCUS. Los textos de prueba más breves para el Catecismo Menor han permanecido básicamente iguales. Las referencias bíblicas se citan por libro, capítulo y versículo, utilizando abreviaturas según el Manual de Estilo de Chicago.

En su revisión de 1910 de los textos de prueba, el PCUS añadió lo siguiente tanto para la Confesión como para el Catecismo Mayor:

Nota General: En varios puntos la Confesión de Fe [o Catecismo Mayor] es más específica en sus afirmaciones que las Escrituras. Estas afirmaciones son inferencias sacadas de las Escrituras o de afirmaciones basadas en las Escrituras, o de la experiencia y observación de la Iglesia. En tales casos, no se citan textos, sino que se hace referencia a esta Nota General.

Los textos de prueba de los nuevos capítulos americanos 34 y 35 se han agrupado simplemente por secciones.

La
Confesión
de Fe de
Westminster

Capítulo 1

La Sagrada Escritura

1. Nuestro entendimiento natural y las obras de la creación y de la providencia muestran tan claramente la bondad, la sabiduría y el poder de Dios, que los seres humanos no tienen excusa para no creer en él.¹ Sin embargo, estos medios por sí solos no pueden proporcionar el conocimiento de Dios y de su voluntad que es necesario para la salvación.² Por eso, plugo al Señor en diferentes tiempos y de diversas maneras revelarse a sí mismo y declarar que esta revelación contiene su voluntad para su iglesia.³ Después quiso Dios poner por escrito toda esta revelación, para que la verdad se conservase y transmitiese mejor, y para que la Iglesia, confrontada con la corrupción de la carne y con los malos propósitos de Satanás y del mundo, estuviese más firmemente establecida y consolada.⁴ Puesto que Dios ya no se revela a su pueblo de esas maneras anteriores,⁵ la Sagrada Escritura es absolutamente esencial.⁶

1. Rom 2.14-15, 1.19-20, Sal 19.1-4, Rom 1.32, 2.1.
2. 1 Cor 1.21, 2.13-14, 2.9-12, Hch 4.12, Rom 10.13-14.
3. Heb 1.1-2, Gal 1.11-12, Dt 4.12-14.
4. Prov 22.19-21, Lc 1.3-4, Rom 15.4, Mt 4.4,7,10, Is 8.19-20, Lc 24.27, 2 Tim 3.16, 2 Pt 3.15-16.
5. Heb 1.1-2, véase la Nota General.
6. 2 Tim 3.15-16, 2 Pe 1.10, Lc 16.29-31, Heb 2.1-3.

2. Lo que llamamos Sagrada Escritura o palabra escrita de Dios incluye ahora todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento que son:

El Antiguo Testamento:

Génesis	2 Crónicas	Daniel
Éxodo	Esdras	Oseas
Levítico	Nehemías	Joel
Números	Ester	Amós
Deuteronomio	Job	Abdías
Josué	Salmos	Jonás
Jueces	Proverbios	Miqueas
Rut	Eclesiastés	Nahum
1 Samuel	Cantar de los Cantares	Habacuc
2 Samuel	Isaías	Sofonías
1 Reyes	Jeremías	Hageo
2 Reyes	Lamentaciones	Zacarías
1 Crónicas	Ezequiel	Malaquías

El Nuevo Testamento:

Mateo	Efesios	Hebreos
Marcos	Filipenses	Santiago
Lucas	Colosenses	1 Pedro
Juan	1 Tesalonicenses	2 Pedro
Hechos	2 Tesalonicenses	1 Juan
Romanos	1 Timoteo	2 Juan
1 Corintios	2 Timoteo	3 Juan
2 Corintios	Tito	Judas
Gálatas	Filemón	Apocalipsis

La Sagrada Escritura

Todos estos libros están inspirados por Dios y son regla de fe y de vida.⁷

7. Lc 16.29,31, Ef 2.20, Ap 22.18-19, 2 Tm 3.16, Mt 11.27.

3. Los libros habitualmente llamados apócrifos no son de inspiración divina y no forman parte del canon de las Escrituras. Por lo tanto, no tienen autoridad en la Iglesia de Dios y no deben ser valorados ni utilizados como otra cosa que no sean escritos humanos.⁸

8. Lc 24.27,44, Rom 3.2, 2 Pe 1.21. El Canon de la Escritura no se establece por pasajes explícitos, sino por el testimonio de Jesús y sus apóstoles; de manuscritos y versiones antiguas; de escritores cristianos antiguos y concilios eclesiásticos, y por la evidencia interna exhibida en los libros separados.

4. La Biblia habla con autoridad y por eso merece ser creída y obedecida. Esta autoridad no depende del testimonio de ningún hombre o iglesia, sino completamente de Dios, su autor, que es él mismo la verdad. Por tanto, la Biblia debe ser aceptada como verdadera, porque es la palabra de Dios.⁹

9. 2 Pt 1.19,21, 2 Tm 3.16, 1 Jn 5.9, 1 Ts 2.13, Gal 1.11-12.

5. La Escritura misma muestra de muchas maneras que es la Palabra de Dios; por ejemplo, en su tema espiritual, en la eficacia de su enseñanza, la majestad de su estilo, la concordancia de todas sus partes, su objetivo unificado de principio a fin (dar toda la gloria a Dios), la revelación completa que hace del único camino de salvación del hombre, sus muchas otras características incomparablemente sobresalientes, y su completa perfección. Sin embargo, sólo estamos completamente persuadidos y seguros de la verdad infalible y de la autoridad divina de la Biblia por la obra interior del Espíritu Santo, que testifica por y con la Palabra en nuestros corazones.¹⁰

10. 1 Tm 3.15, 1 Jn 2.20,27, Jn 16.13-14, 1 Cor 2.10-12, Isa 59.21, 1 Cor 2.6-9.

6. Todo el propósito de Dios acerca de todo lo que pertenece a su propia gloria y a la salvación, fe y vida del hombre está explícitamente declarado en la Biblia o puede deducirse como inevitable y lógicamente derivado de ella.¹¹ Nada debe añadirse en ningún momento a la Biblia, ni por nuevas revelaciones del Espíritu ni por tradiciones de los hombres.¹² No obstante, reconocemos que la iluminación interior del Espíritu de Dios es necesaria para una comprensión salvadora de las cosas reveladas en la Palabra.¹³ También reconocemos que algunas disposiciones para el culto a Dios y el gobierno de la Iglesia son similares a las actividades y organizaciones seculares; éstas deben dirigirse de acuerdo con nuestro entendimiento natural y nuestra discreción cristiana, y deben ajustarse a las normas generales de la Palabra, que siempre deben observarse.¹⁴

11. Mc 7.5-7.

12. 2 Tm 3.15-17, Gal 1.8-9, 2 Ts 2.2. Esta afirmación es una inferencia de la suficiencia de las Escrituras.

13. Jn 6.45, 1 Cor 2.9-10, 12.

14. 1 Cor 11.13-14, 14.26,40.

7. Los significados de todos los pasajes de la Biblia no son igualmente obvios, ni ningún pasaje individual es igualmente claro para todos.¹⁵ Sin embargo, todo lo que tenemos que saber, creer y observar para ser salvos está tan claramente presentado y revelado en algún lugar de la Biblia que tanto el inculto como el culto pueden entenderlo suficientemente mediante el uso apropiado de los medios ordinarios de gracia.¹⁶

15. 2 Pe 3.16, Jn 6.60, 16.17.

16. Sal 119.105, 130, Hch 17.11-12.

La Sagrada Escritura

8. El Antiguo Testamento en hebreo (la lengua nativa del antiguo pueblo de Dios) y el Nuevo Testamento en griego (la lengua más conocida internacionalmente en el momento en que se escribió el Nuevo Testamento) fueron inspirados directamente por Dios¹⁷ y se han mantenido incontaminados a lo largo del tiempo por su especial cuidado y providencia. Por lo tanto, son auténticos y deben ser la fuente última de apelación de la Iglesia en toda controversia religiosa.¹⁸ Sin embargo, las lenguas originales de la Biblia no son comprendidas por todo el pueblo de Dios. Pero todo el pueblo de Dios tiene derecho a interesarse por la Biblia y Dios mismo les ordena que la lean detenidamente con temor y reverencia hacia Él.¹⁹ Por consiguiente, la Biblia debe traducirse a la lengua materna de cada pueblo al que se presenta. Así, la palabra de Dios vivirá plenamente en todos; todos podrán adorar a Dios de manera aceptable; y todos los creyentes podrán tener esperanza mediante la resistencia y el aliento de la Biblia.²⁰

17. Véase la nota del apartado 3 anterior.

18. Mt 5.18, Is 8.20, Hch 15.14-18, Jn 5.9,46.

19. Jn 5.39, 2 Tm 3.14-15, 2 Pt 1.19, Hch 17.11.

20. 1 Cor 14.6, 9, 11-12, 24, 27-28, Col 3.16, Rom 15.4, Mt 28.19-20.

9. La norma infalible para la interpretación de la Biblia es la Biblia misma. Y así, cualquier pregunta sobre el sentido verdadero y completo de un pasaje de la Biblia (que es un todo unificado) puede responderse remitiéndose a otros pasajes que hablan más claramente.²¹

21. 2 Pe 1.20-21, Hch 15.15, Jn 5.46, Mt 4.5-7, 12.1-7.

10. El Espíritu Santo que habla en la Biblia es el juez supremo de todas las controversias religiosas, de todas las decisiones de los concilios religiosos, de todas las opiniones de los escritores antiguos, de todas las enseñanzas humanas y de toda opinión privada.²² Debemos estar satisfechos con el juicio de aquel que es y puede ser el único juez.

22. Mt 22.29,31, Ef 2.20, Hch 28.25, Lc 10.26, Gal 1.10, 1 Jn 4.1-6.

Capítulo 2

Dios y la Santísima Trinidad

1. Hay un solo Dios vivo y verdadero,¹ que es infinito en su ser y perfección,² un espíritu completamente puro,³ invisible,⁴ sin cuerpo, partes o emociones,⁵ inmutable,⁶ inmensamente vasto,⁷ eterno,⁸ ilimitado,⁹ todopoderoso,¹⁰ completamente sabio,¹¹ completamente santo,¹² completamente libre,¹³ y completamente absoluto.¹⁴ Él obra todo según el designio de su voluntad inmutable y completamente justa¹⁵ para su propia gloria.¹⁶ Él es completamente amoroso,¹⁷ clemente, misericordioso y paciente. Él rebosa bondad y verdad. Él perdona la maldad, la transgresión y el pecado,¹⁸ y recompensa a los que le buscan con diligencia.¹⁹ Sus juicios son completamente justos e imponentes;²⁰ odia todo pecado²¹ y no absolverá al culpable.²²

1. Deut 6.4, 1 Cor 8.4,6, 1 Tes 1.9, Jer 10.10
2. Jb 11.7-9, 26.14, Jer 23.24, Sal 147.5, 1 Re 8.27, Sal 139.
3. Jn 4.24.
4. 1 Tim 1.17.
5. Dt 4.15-16, Jn 4.24, Lc 24.39, Hch 14.11,15.
6. Sant 1.17, Mal 3.6.
7. 1 Re 8.27, Jer 23.23-24.
8. Sal 90.2, 1 Tm 1.17.
9. Sal 145.3, Rom 11.33.
10. Gn 17.1, Ap 4.8.
11. Rom 16.27.
12. Is 6.3, Ap 4.8.
13. Sal 115.3.
14. Ex 3.14, Is 44.6, Hch 17.24-25.
15. Ef 1.11.
16. Prv 16.4, Rom 11.36, Ap 4.11.
17. 1 Jn 4.8-10, 16, Jn 3.16.
18. Ex 34.6-7.
19. Heb 11.6.
20. Neh 9.32-33, Heb 10.28-31.
21. Sal 5.5-6, Heb 1.13.
22. Na 1.2-3, Ex 34.7.

2. Dios tiene toda la vida, la gloria, la bondad y la bienaventuranza en sí mismo y por sí mismo.²³ Él es el único que se basta a sí mismo y por sí mismo, y no necesita de ninguna de sus creaciones ni obtiene gloria de ellas. Más bien, manifiesta su propia gloria en, por, para y sobre ellas.²⁴ Él es la única fuente de todo ser, por quien, a través de quien y para quien todo existe.²⁵ Él tiene dominio completamente soberano sobre todas las cosas y hace con, para o por ellas lo que le place.²⁶ Todo está revelado y completamente abierto a él.²⁷ Su conocimiento es infinito, infalible y no depende de ningún ser creado,²⁸ de modo que para Él nada es condicional o incierto.²⁹ Él es completamente santo en todos sus propósitos, obras y mandatos.³⁰ A Él se debe cualquier adoración, servicio u obediencia que se complazca en exigir de los ángeles, los seres humanos y todas las demás criaturas.³¹

23. Jn 5.26, Hch 7.2, Sal 119.68, 1 Tim 6.15, Rom 9.5.
24. Hch 17.24-25, Jb 22.2,23, Sal 50.12, Is 4.12-17.
25. Rom 11.36, Is 40.12-17.
26. Ap 4.11, 1 Tim 6.15, Dn 4.25, 35, Ef 1.11.
27. Heb 4.13.
28. Rom 11.33-34, Sal 147.5.
29. Hch 15.18, Eze 11.5, Is 46.9-11, Prv 15.3.
30. Sal 145.17, Rom 7.12.
31. Ap 5.12-14, 7.11-12.

Dios y la Santísima Trinidad

3. En la unidad de la Divinidad hay tres personas, que tienen una sola sustancia, poder y eternidad: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.³² El Padre existe. No es generado ni procede de ninguna fuente. El Hijo es generado eternamente del Padre,³³ y el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo.³⁴

32. 1 Jn 5.7, Mt 3.16-17, 28.19, 2 Cor 13.14, Ef 2.18.

33. Jn 1.14,18, 17.24, Heb 1.2-6, Col 1.15-17.

34. Jn 15.26, Gal 4.6.

Capítulo 3

Los Decretos Eternos de Dios

1. Desde toda la eternidad y por el propósito completamente sabio y santo de su propia voluntad, Dios ha ordenado libre e inmutablemente todo lo que sucede.¹ Esta ordenación no significa, sin embargo, que Dios sea el autor del pecado (no lo es),² que reprima la voluntad de sus seres creados, o que quite la libertad o la contingencia de las causas secundarias. Más bien, la voluntad de los seres creados y la libertad y contingencia de las causas segundas son establecidas por Él.³

1. Ef 1.11, Rom 11.33, Heb 6.17, Rom 9.15,18, Hch 4.27-28, Mt 10.29-30, Ef 2.10, Is 45.6-7.
2. Stg 1.13-14, 17, 1 Jn 1.5, Ecl 7.29, Sal 5.4.
3. Hch 2.23, Mt 17.12, Hch 4.27-28, Jn 19.11, Prv 16.33, Hch 27.23-24, 34, 44.

2. Aunque Dios conoce todo lo que puede suceder o puede suceder en todas las circunstancias posibles,⁴ no ha ordenado nada porque lo haya previsto en el futuro como algo que sucedería en tales circunstancias.⁵

4. Hch 15.18, 1 Sm 23.11-12, Mt 11.21,23, Sal 139.1-4, Prv 16.33.
5. Rom 9.11,13, 15-16, 18, 2 Tim 1.9, Ef 1.4-5.

3. Para manifestar su gloria, Dios ha ordenado que unos hombres y ángeles sean predestinados a la vida eterna⁶ y que otros sean predestinados a la muerte eterna.⁷

6. 1 Tim 5.21, Mt 25.31,41, Hch 13.48, Rom 8.29-30, Jn 10.27-29, Mc 8.38, Judas 6.
7. Rom 9.22-23, Ef 1.5-6, Prv 16.4, Mt 25.41, Judas 4.

4. Esta predestinación y preordenación de ángeles y hombres son precisas e inmutables. El número y la identidad de los ángeles y los hombres en cada grupo son ciertos, definidos e inalterables.⁸

8. 2 Tim 2.19, Jn 13.18, 10.14-16,27-29, 6.37-39, Hch 13.48, Jn 17.2,6,9-12.

5. Antes de la creación del mundo,⁹ según su plan eterno e inmutable¹⁰ y el propósito oculto y el beneplácito de su voluntad,¹¹ Dios ha elegido en Cristo¹² a aquellos de la humanidad que están predestinados a la vida y a la gloria eterna.¹³ Ha hecho esto únicamente por su propia misericordia y amor y completamente para alabanza de su maravillosa gracia.¹⁴ Esta elección fue completamente independiente de su presciencia de cómo serían o actuarían sus seres creados. Ni su fe, ni sus buenas obras, ni su perseverancia influyeron en su elección.¹⁵

9. Hch 1.4.
10. Hch 1.11.
11. Hch 1.9.
12. 2 Tm 1.9.
13. Rom 8.30, 1 Tes 5.9, 1 Pe 5.10.
14. Ef 1.5-6, 12.
15. Romanos 9.11, 13, 15-16, Efesios 1.4,6,9, 2 Tm 1.9, Efesios 2.8-9.

Los Decretos Eternos de Dios

6. Así como Dios ha determinado que los elegidos serán glorificados, así también, en el propósito eterno y completamente libre de su voluntad, ha predeterminado todos los medios por los cuales esa elección se lleva a cabo.¹⁶ Y así, los que son elegidos, habiendo caído en Adán, son redimidos por Cristo.¹⁷ Son llamados eficazmente a la fe en Cristo por su Espíritu que obra en ellos en el momento oportuno,¹⁸ y son justificados,¹⁹ adoptados,²⁰ santificados,²¹ y guardados por su poder mediante la fe para salvación.²² Sólo los elegidos, y no otros, son redimidos por Cristo, llamados eficazmente, justificados, adoptados, santificados y salvados.²³

16. 1 Pe 1.2, Ef 1.4-5, 2.10, 2 Ts 2.13.

17. 1 Ts 5.9-10, Ti 2.14, Rom 5.19.

18. Romanos 9.11, 2 Tesalonicenses 2.13-14, 1 Corintios 1.9.

19. Rom 8.30.

20. Ef 1.5.

21. 2 Ts 2.13, Ef 1.4, 1 Ts 4.3.

22. 1 Pe 1.5, Jn 10.28.

23. Jn 17.9, Rom 8.28-39, Jn 6.64-65, 8.47, 10.26, 1 Jn 2.19, Hch 13.48.

7. Según el propósito oculto de su propia voluntad, por el cual ofrece o niega misericordia a su antojo, y para gloria de su poder soberano sobre sus criaturas, plugo a Dios no llamar al resto de la humanidad²⁴ y ordenarlos a la deshonra y a la ira por su pecado²⁵ para alabanza de su gloriosa justicia.²⁶

24. Mt 11.25-26, 1 Pe 2.8.

25. Rom 9.14-22, Judas 4, Rom 2.8-9, 2 Tes 2.10-12.

26. 2 Tm 2.19-20, Ap 15.3-4.

8. Esta importante y misteriosa doctrina de la predestinación debe ser tratada con especial discreción y cuidado, para que, prestando atención y obedeciendo a la voluntad de Dios revelada en su Palabra, los hombres puedan estar seguros de que han sido eternamente elegidos desde la certeza de su llamamiento eficaz. De este modo, la doctrina de la predestinación suscitará no sólo nuestra alabanza, reverencia y admiración por Dios, sino también una vida humilde y diligente, que apoye plenamente a todo el que obedezca sinceramente el Evangelio.²⁷

27. Rom 9.20, 11.33, Deut 29.29, 2 Pe 1.10, Ef 1.6, Rom 11.5-6, 20, 8.33, Lc 10.20, ver Nota General.

Capítulo 4

Creación

1. En el principio agradó a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo ¹ crear el mundo de la nada para manifestar la gloria de su eterno poder, sabiduría y bondad.² Hizo todo lo que hay en el mundo, visible e invisible, en el espacio de seis días, y era muy bueno.³

1. Heb 1.2, Jn 1.2-3, Gn 1.1-3, Jb 26.13, 33.4, Rom 11.36, 1 Cor 8.6.
2. Rom 1.20, Jer 10.12, Sal 104.24, 33.5-6.
3. Gn 1, Heb 11.3, Col 1.16, Hch 17.24, Ex 20.11.

2. Después de haber hecho a todas las demás criaturas, Dios creó al hombre, varón y hembra,⁴ con almas razonadoras e inmortales.⁵ Los dotó de conocimiento, justicia y verdadera santidad a su propia imagen⁶ y escribió su ley en sus corazones.⁷ Dios también les dio la capacidad de obedecer su ley y la potencialidad de desobedecerla; es decir, Dios también les dio la capacidad de obedecer su ley y la posibilidad de desobedecerla; es decir, les dio la libertad de su propia voluntad, que podía cambiar.⁸ Además de esta ley escrita en sus corazones, se les ordenó no comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.⁹ Mientras obedecieran la ley de Dios y cumplieran este mandamiento, serían felices en comunión con Dios¹⁰ y tendrían dominio sobre las demás criaturas.¹¹

4. Gn 1.27.
5. Gn 2.7, Ecl 12.7, Lc 23.43, Mt 10.28, Sal 8.5-6, Gn 2.19-20.
6. Gn 1.26, Col 3.10, Ef 4.24.
7. Rom 2.14-15.
8. Ecl 7.29, Gn 3.6,17, 2.16-17, Col 3.10, Ef 4.24.
9. Gn 2.16-17.
10. Gn 2.17, 3.8-11, 23.
11. Gn 1.26,28, Sal 8.6-8, Gn 1.29-30.

Capítulo 5

Providencia

1. Dios, que lo ha creado todo, también lo sostiene todo. Él dirige, regula y gobierna toda criatura, acción y cosa, desde la más grande hasta la más pequeña,¹ por su providencia completamente sabia y santa.² Lo hace de acuerdo con su infalible presciencia³ y el propósito voluntario e inmutable de su propia voluntad,⁴ todo para alabanza de la gloria de su sabiduría, poder, justicia, bondad y misericordia.⁵

1. Heb 1.3, Dn 4.34-35, Sal 135.6, Hch 17.25-26,28, Jb 38-41, Mt 10.29-31, 6.26,30, Neh 9.6, Sal 114.14-16.
2. Prv 15.3, 2 Cr 16.9, Sal 104.24, Sal 145.17.
3. Hch 15.18, Sal 94.8-11.
4. Ef 1.11, Sal 33.10-11.
5. Is 63.14, Ef 3.10, Rom 9.17, Gn 45.7, Sal 145.7.

2. Dios es la causa primera, y en relación con él todo sucede de manera inmutable e infalible.⁶ Sin embargo, por esta misma providencia, ordena que las cosas sucedan a partir de causas secundarias. Como resultado de estas causas secundarias, algunas cosas deben suceder inevitablemente;⁷ otras pueden o no suceder dependiendo de las intenciones voluntarias de los agentes implicados; y algunas cosas no tienen por qué suceder pero pueden, dependiendo de otras condiciones.⁸

6. Hch 2.23, véanse las figuras 3 y 4, Jer 32.19.
7. Gn 8.22, Jer 31.35.
8. Ex 21.13, Dt 19.5, 1 Re 22.28,34, Is 10.6-7, Gn 50.19-20.

3. Dios se sirve de los medios ordinarios para realizar día a día su providencia.⁹ Pero, según le plazca,¹⁰ puede obrar sin,¹¹ más allá,¹² o en contra de estos medios.

9. Hch 27. 24, 31, 44, Is 55.10-11, Os 2.21-22.
10. 2 Re 6.6, Dn 3.27, 1 Re 18.17-39, Jn 11.43-45, Rom 1.4.
11. Os 1.7, Mt 4.4, Jb 34.10.
12. Rom 4.19-21.

4. La providencia de Dios revela su poder omnipotente, su sabiduría incognoscible y su bondad infinita. Su providencia se extiende incluso a la caída¹³ y a todos los demás pecados de los ángeles y de los hombres.¹⁴ Estos pecados no son simplemente permitidos por Dios, sino que están atados,¹⁵ ordenados y gobernados por Él en la plenitud de su sabiduría y poder para que cumplan sus propios santos propósitos.¹⁶ Sin embargo, la pecaminosidad sigue perteneciendo a la criatura y no procede de Dios, cuya santa justicia no causa ni puede causar ni aprobar el pecado.¹⁷

13. Esta afirmación se sustenta en las doctrinas de los decretos y la providencia de Dios. Véanse las citas en el capítulo 3 y en el capítulo 5, secciones 1, 2, 3.
14. Rom 11.32-34, 2 Sm 24.1, 1 Cr 21.1, 1 Re 22.22-23, 1 Cr 10.4, 13-14, 2 Sm 16.10, Re 2.23,4.27-28, véanse las citas del capítulo 3 y del capítulo 5, secciones 1, 2, 3, Is 45.7.
15. Hch 14.16, Sal 76.10, 2 Re 19.28, Is 10.5-7, 12, 15.
16. Gn 50.20, Is 10.6-7, 12-15, véase la figura 15 más arriba.
17. Stg 1.13-14, 17, 1 Jn 2.16, Sal 50.21.

Providencia

5. En la plenitud de su sabiduría, justicia y gracia, Dios a menudo permite que sus propios hijos sean tentados de diversas maneras y que durante un tiempo persigan la corrupción de sus propios corazones. Dios hace esto para castigarlos por sus pecados anteriores y para revelarles la fuerza oculta de la corrupción y el engaño en sus corazones, para que puedan ser humillados.¹⁸ Además de varios otros resultados justos y santos, los creyentes son así elevados a una dependencia más estrecha y constante de Dios para su apoyo y también se hacen más alertas para detectar y resistir las oportunidades de pecar.¹⁹

18. 2 Cr 32.25,26,31, 2 Sm 24.1,25, Dt 8.2, Lc 22.31-32.

19. 2 Cor 12.7-9, Sal 73, 77.1-12, Mc 14.66-72, Jn 21.15-19.

6. Es diferente para los malvados e impíos. Como castigo por sus pecados anteriores, Dios, el juez justo, los ciega espiritualmente y los endurece en su propia pecaminosidad.²⁰ Dios no sólo les retira su gracia, por la que podrían haber sido iluminados espiritualmente,²¹ sino que a veces también les retira cualquier don de entendimiento espiritual que ya tuvieran²² y los expone deliberadamente a las oportunidades de pecar que su naturaleza corrupta busca naturalmente.²³ De este modo los entrega a sus propios deseos, a las tentaciones del mundo y al poder de Satanás,²⁴ y así sucede que se endurecen incluso bajo aquellas circunstancias que Dios utiliza para ablandar a otros.²⁵

20. Rom 1.24-26,28, 11.7-8, 2 Tes 2.11-12.

21. Dt 29.4, Mc 4.11-12.

22. Mt 13.12, 25.29, Hch 13.10-11, 2 Cor 11.13,15.

23. Dt 2.30, 2 Re 8.12-13.

24. Sal 81.11-12, 2 Tes 2.10-12, 2 Cor 2.11, 11.3.

25. Ex 7.3, 8.15,32, 2 Cor 2.15-16, Is 8.14, 1 Pe 2.7-8, Is 6.9-10, Hch 28.26-27

7. Así como la providencia de Dios se extiende en general a toda criatura, de manera muy especial cuida de su Iglesia y ordena todas las cosas para su bien.²⁶

26. 1 Tm 4.10, Am 9.8-9, Rom 8.28, Is 43.3-5,14, Ef 1.22, Mt 16.18.

Capítulo 6

La Caída del Hombre, el Pecado y el Castigo por el Pecado

1. Nuestros primeros padres se extraviaron por la astuta tentación de Satanás y pecaron al comer del fruto prohibido.¹ A Dios le agradó permitirles pecar, porque en su sabiduría y santidad planeó ordenar su pecado para su propia gloria.²
 1. Gn 3.13, 2 Cor 11.3, Gn 3.1-14.
 2. Rom 11.32, 5.19-21.
2. Por este pecado cayeron de su justicia original y de su comunión con Dios,³ y así llegaron a estar muertos en pecado⁴ y completamente contaminados en todas sus facultades y partes del cuerpo y del alma.⁵
 3. Gn 3.6-8, Ecl 7.29, Rom 3.23, Gn 2.17.
 4. Gn 2.17, Ef 2.1-3, Rom 5.12,
 5. Ti 1.15, Gn 6.5, Jer 17.9, Rom 3.10-19, 8.6-8, Sal 58.1-5.
3. Puesto que Adán y Eva son la raíz de toda la humanidad, la culpa por este pecado ha sido imputada a todos los seres humanos,⁶ que son sus descendientes naturales y han heredado la misma muerte en el pecado y la misma naturaleza corrupta.⁷
 6. Gn 1.27-28, 2.16-17, Rom 5.12,15-19, Hch 17.26, 1 Cor 15.21-22,45,49.
 7. Sal 51.5, Gn 5.3, Jb 14.4, 15.14, Jn 3 y 6, Rom 3.10-18.
4. Esta corrupción original nos desinclina, incapacita y aparta completamente de todo bien, mientras que nos inclina completamente a todo mal.⁸ De ella proceden todos los pecados actualizados.⁹
 8. Rom 5.6, 7.18, 8.7, Col 1.21, Jn 3.6, Gn 6.5, 8.21, Rom 3.10-19.
 9. Stg 1.14-15, Ef 2.2-3, Mt 15.19.
5. Durante la vida terrena esta naturaleza corrupta permanece en los que son regenerados,¹⁰ y, aunque es perdonada y muerta en Cristo, sin embargo ella y todos sus impulsos son verdadera y propiamente pecaminosos.¹¹
 10. 1 Jn 1.8,10, Rom 7.14, 17-18, 21-23, Stg 3.2, Prv 20.9, Eccl 7.20.
 11. Rom 7.5, 7-8, 25, Gal 5.17.
6. Todo pecado, tanto original como actual, transgrede la justa ley de Dios y acarrea culpa sobre el pecador.¹² Todo pecador está sometido, en consecuencia, a la ira de Dios,¹³ a la maldición de la ley,¹⁴ y a la muerte,¹⁵ con todas las miserias resultantes, espirituales, temporales y eternas.¹⁶
 12. 1 Jn 3.4, Rom 2.15, 3.9,19.
 13. Ef 2.3, Rom 5.12.
 14. Gal 3.10.
 15. Rom 6.23, Gn 2.17.
 16. Ef 4.18, Rom 8.20, Lam 3.39, Mt 25.41, 2 Tes 1.9, Rom 1.21-28, Lv 26.14ss, Dt 28.15ss.

Capítulo 7

La Alianza de Dios con el Hombre

1. La distancia entre Dios y su creación es tan grande, que, aunque las criaturas razonadoras le deben obediencia como a su creador, sin embargo nunca podrían obtener de Él ninguna bienaventuranza o recompensa sin que Él condescendiera voluntariamente con ellas. Por eso Dios se complació en proveer al hombre por medio de pactos.¹

1. Is 40.13-17, Jb 9.32-33, 1 Sm 2.25, Sal 100.2-3, 113.5-6, Jb 22.2-3, 35.7-8, Lc 17.10, Hch 17.24-25, ver Nota General.

2. La primera alianza hecha con el hombre fue una alianza de obras.² En ella se prometió la vida a Adán y, a través de él, a su descendencia,³ a condición de una obediencia perfecta y personal.⁴

2. Os 6.7, Gn 2.16-17, Gal 3.10, Rom 5.12,19, 1 Cor 15.22,47, Gal 3.12.

3. Rom 5.12-20, 10.5.

4. Gn 2.17, Gal 3.10; Compárese Gn 2.16-17 con Rom 5.12-14, 10.5, Lc 10.25-28, y con las alianzas hechas con Noé y Abraham.

3. Por su caída, el hombre se hizo incapaz de vivir bajo aquella alianza, y por eso el Señor hizo una segunda, la alianza de la gracia.⁵ En ella ofrece gratuitamente a los pecadores la vida y la salvación por medio de Jesucristo. Para salvarse exige la fe en Jesús⁶ y promete dar su Espíritu Santo a todos los ordenados para la vida, a fin de que quieran y puedan creer.⁷

5. Gal 3.21, Rom 3.20-21, 8.3, Gn 3.15, Is 42.6, Mt 26.28, Heb 10.5-10.

6. Mc 16.15-16, Jn 3.16, Rom 10.6,9, Gal 3.11, Hch 16.30-31, Mt 28.18-20, Rom 1.16-17.

7. Ez 36.26-27, Jn 6.37,44-45, 5.37, 3.5-8, Hch 13.48, Lc 11.13, Gal 3.14.

4. Esta alianza de gracia se identifica frecuentemente en la Escritura como un testamento, en referencia a la muerte de Jesucristo, el testador, y a la herencia eterna y todo lo incluido en ese legado.⁸

8. Heb 9.15-17, 7.22, Lc 22.20, 1 Co 11.25.

5. Este pacto fue administrado de manera diferente en el tiempo de la ley y en el tiempo del evangelio.⁹ Bajo la ley fue administrado por promesas, profecías, sacrificios, circuncisión, el cordero pascual, y otros tipos y ordenanzas dadas al pueblo judío, todas prefigurando a Cristo.¹⁰ Para ese tiempo, el pacto administrado bajo la ley por medio de la operación del Espíritu era suficiente y eficaz para instruir a los elegidos y edificar su fe en el Mesías prometido,¹¹ por quien tenían la remisión completa de sus pecados y la salvación eterna. Esta administración se llama Antiguo Testamento.¹²

9. 2 Cor 3.6-9, Heb 1.1-2.

10. Heb 8-10, Rom 4.11, Col 2.11-12, 1 Cor 5.7, Col 2.17.

11. 1 Cor 10.1-4, Heb 11.13, Jn 8.56, Gal 3.6-8.

12. Gal 3.7-9, 14, Hch 15.11, Rom 3.30.

La Alianza de Dios con el Hombre

6. Bajo el Evangelio se reveló Cristo mismo, la sustancia¹³ de la gracia de Dios. Las ordenanzas de este Nuevo Testamento son la predicación de la palabra y la administración de los sacramentos del bautismo y de la cena del Señor.¹⁴ Aunque éstas son menos numerosas y se administran con más sencillez y menos gloria exterior, sin embargo están a disposición de todas las naciones, judíos y gentiles,¹⁵ y en ellas se desarrolla más plenamente el poder espiritual del pacto de gracia.¹⁶ No hay, pues, dos pactos de gracia esencialmente distintos, sino un mismo pacto bajo dispensaciones diferentes.¹⁷

13. Gal 2.17, Col 2.17.

14. Mt 28.19-20, 1 Cor 11.23-25, 2 Cor 3.7-11.

15. Mt 28.19, Ef 2.15-19, véase la figura 11, Lc 2.32, Hch 10.34-35.

16. Heb 12.22-28, Jer 31.33-34, Heb 8.6-13, 2 Cor 3.9-11.

17. Lc 22.20, Hb 8.7-9, Gál 3.14,16, Hch 15.11, Rom 3.21-23,30, Sal 32.1, Rom 4.3,6,16-17,23-24, Hb 13.8, Gal 3.17,29, véase el contexto y las citas en la figura 10, Heb 1.1-2.

Capítulo 8

Cristo el Mediador

1. En su eterno designio, Dios quiso elegir y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, como mediador entre Dios y los hombres.¹ Jesús es profeta,² sacerdote,³ y rey,⁴ cabeza y salvador de su Iglesia,⁵ heredero de todo,⁶ y juez del mundo.⁷ Desde la eternidad, Dios le dio un pueblo para que fuera su simiente⁸ y para que, con el tiempo, fuera redimido, llamado, justificado, santificado y glorificado por él.⁹

1. Is 42.1, 1 Pt 1.19-20, Jn 3.16, 1 Tm 2.5.
2. Hch 3.20-22, Dt 18.15.
3. Heb 5.5-6.
4. Sal 2.6, Lc 1.33, Is 9.6-7.
5. Ef 5.23.
6. Heb 1.2.
7. Hch 17.31, 2 Cor 5.10.
8. Jn 17.6, Sal 22.30, Is 53.10, Ef 1.4, Jn 6.37,39.
9. 1 Tm 2.5-6, Is 55.4-5, 1 Cor 1.30, Mc 10.45, Rom 8.30.

2. El Hijo de Dios, segunda persona de la Trinidad, es verdaderamente Dios eterno, de una sola sustancia e igual al Padre. En la plenitud de los tiempos asumió la naturaleza humana,¹⁰ con todas las cualidades esenciales y las debilidades ordinarias del hombre -excepto que era sin pecado.¹¹ Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, de su sustancia.¹² Estas dos naturalezas completas, perfectas y distintas, la divinidad y la virilidad, se unieron inseparablemente en la única persona de Jesús sin alterarse, desunirse o mezclarse.¹³ La persona de Jesús es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, y sin embargo un solo Cristo, el único mediador entre Dios y el hombre.¹⁴

10. Jn 1.1,14, 1 Jn 5.20, Flp 2.6, Gal 4.4, Heb 2.14.
11. Heb 2.14, 16-17, 4.15.
12. Lc 1.27,31,35, Gal 4.4, véase la figura 10.
13. Lc 1.35, Col 2.9, Rom 9.5, 1 Pe 3.18, 1 Ti 3.16, Mt 16.16, véase la figura 12.
14. Rom 1.3-4, 1 Tim 2.5.

3. Su naturaleza humana unida así a la divina, el Señor Jesús fue santificado y ungido con el Espíritu Santo más allá de toda medida.¹⁵ Tenía en él todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento,¹⁶ y en él quiso el Padre que habitase toda plenitud.¹⁷ El propósito de Dios era que Jesús, siendo santo, inofensivo, inmaculado y lleno de gracia y verdad, estuviera completamente equipado para ejecutar el oficio de mediador y garante.¹⁸ Jesús no tomó este oficio por sí mismo, sino que fue llamado a él por su Padre,¹⁹ quien le dio y le ordenó usar todo poder y juicio.²⁰

15. Sal 45.7, Jn 3.34, Lc 4.18-19, 21, Hch 10.38, Heb 1.8-9.
16. Col 2.3.
17. Col 1.19.
18. Heb 7.26, Jn 1.14, Hch 10.38, Heb 12.24, 7.22, Lc 4.18-21.
19. Heb 5.4-5.
20. Jn 5.22,27, Mt 28.18, Hch 2.36.

Cristo el Mediador

4. El Señor Jesús asumió este oficio de manera completamente voluntaria.²¹ Para cumplirlo, fue sometido²² y cumplió perfectamente la ley.²³ Soportó tormentos extremadamente severos en su alma²⁴ y sufrimientos extremadamente dolorosos en su cuerpo.²⁵ Fue crucificado y murió.²⁶ Fue sepultado y permaneció bajo el poder de la muerte, pero su cuerpo no se descompuso.²⁷ Al tercer día se levantó de entre los muertos²⁸ con el mismo cuerpo con el que padeció²⁹ y con el que también ascendió al cielo. Allí está sentado a la derecha de su Padre,³⁰ intercediendo por los creyentes.³¹ Volverá para juzgar a los hombres y a los ángeles en el fin del mundo.³²

21. Sal 40.7-8, Heb 10.5-10, Jn 10.18, Fil 2.5-8, Jn 4.34.

22. Gal 4.4.

23. Mt 3.15, 5.17, Jn 17.4.

24. Mt 26.37-38, Lc 22.44, Mt 27.46.

25. Mt 26 and 27.

26. Fil 2.8.

27. Hch 2.23-24, 27, Hch 13.37, Rom 6.9, Mt 27.60.

28. 1 Cor 15.3-4.

29. Jn 20.25,27.

30. Mc 16.19, Lc 24.50-51, Hch 1.9, 2.33-36, 1 Pe 3.22, Rom 8.34.

31. Rom 8.34, Heb 9.24, 7.25.

32. Rom 14.9-10, Hch 1.11, 10.42, Mt 13.40-42, Judas 6, 2 Pt 2.4, Mt 16.27, 25.31-33, 2 Tim 4.1, Jn 5.28-29.

5. Por su obediencia y sacrificio perfectos, ofrecidos a Dios de una vez para siempre por medio del Espíritu eterno, el Señor Jesús ha satisfecho completamente la justicia de su Padre³³ y ha comprado no sólo la reconciliación, sino también una herencia eterna en el reino de los cielos para todos los que el Padre le ha dado.³⁴

33. Rom 5.19, Heb 9.14,16, 10.14, Ef 5.2, Rom 3.25-26.

34. Dn 9.24,26, Col 1.19-20, Ef 1.11,14, Jn 17.2, Heb 9.12,15, Rom 5.10-11, 2 Cor 5.18,20.

6. Aunque la obra de la redención no fue realmente realizada por Cristo hasta después de su encarnación, sin embargo el poder, la eficacia y los beneficios de la misma fueron dados a los elegidos en todas las edades desde el principio del mundo por medio de aquellas promesas, tipos y sacrificios que lo revelaron e indicaron que él sería la simiente de la mujer, heriría la cabeza de la serpiente y era el cordero inmolado desde el principio del mundo. Jesucristo es ayer y hoy y por los siglos el mismo.³⁵

35. Gal 4.4-5, Gn 3.15, Ap 13.8, Heb 13.8; véanse las citas en el capítulo 7, sección 5, figuras 9 y 10

7. En la obra de mediación, Cristo actúa según sus dos naturalezas, cada una de las cuales hace lo que es propio de cada una.³⁶ Sin embargo, a causa de la unidad de su persona, la Escritura a veces atribuye lo que es propio de una naturaleza a la persona indicada por la otra naturaleza.³⁷

36. Heb 9.14, 1 Pe 3.18, Jn 10.17-18.

37. Hch 20.28, Jn 3.13, 1 Jn 3.16.

Cristo el Mediador

8. Cristo asegura con absoluta certeza que todos aquellos para quienes compró la redención realmente la aceptan y la reciben.³⁸ Él intercede por ellos,³⁹ les revela los misterios de la salvación en y por la palabra,⁴⁰ y los persuade eficazmente a creer y obedecer por su Espíritu. Gobierna sus corazones con su palabra y su Espíritu⁴¹ y vence a todos sus enemigos con su poder omnipotente y su sabiduría, de la manera más acorde con su maravillosa e incognoscible administración de las cosas.⁴²

38. Jn 6.37,39, 10.15-16,27-28.

39. 1 Jn 2.1-2, Rom 8.34.

40. Jn 15.13,15, Ef 1.7-9, Jn 17.6, Gal 1.11-12.

41. Jn 14.16, Heb 12.2, 2 Cor 4.13, Rom 8.9,14, 15.18-19, Jn 17.17, Ti 3.4-5.

42. Sal 110.1, 1 Cor 15.25-26, Mal 4.2-3, Col 2.15, Lc 10.19.

Capítulo 9

El Libre Albedrío

1. Dios ha dado al hombre una voluntad, que por naturaleza es libre, es decir, no está forzada ni necesariamente inclinada hacia el bien o el mal.¹

1. Mt 17.12, Stg 1.14, Dt 30.19, Jn 5.40, 7.17, Ap 22.17, Hch 7.51, Stg 4.7.

2. En su estado de inocencia el hombre tenía plena libertad y la capacidad natural de querer y hacer lo que es bueno y agradable a Dios.² Dios también hizo al hombre para que pudiera perder esa libertad.³

2. Ecl 7.29, Gn 1.26, véase la figura 1, Col 3.10.

3. Gn 2.16-17, 3.6.

3. El hombre cayó en un estado de pecado por su desobediencia y así perdió completamente su capacidad de querer cualquier bien espiritual que implicara la salvación.⁴ Por consiguiente, el hombre caído es por naturaleza completamente opuesto al bien espiritual,⁵ está muerto en el pecado,⁶ y es incapaz por sus propias fuerzas ni de convertirse ni de prepararse para la conversión.⁷

4. Rom 5.6, 8.7, Jn 15.5.

5. Rom 3.9-10, 12, 23, 8.7.

6. Ef 2.1,5, Col 2.13.

7. Jn 6.44,65, 1 Cor 2.14, Ef 2.2-5, Ti 3.3-5, Rom 8.8.

4. Cuando Dios convierte a un pecador y lo lleva al estado de gracia, lo libera de su esclavitud natural al pecado. Por la sola gracia de Dios, dada gratuitamente, el hombre pecador es capacitado para querer y hacer lo que es espiritualmente bueno.⁸ Sin embargo, como la vieja naturaleza pecaminosa también permanece, el creyente no puede querer consistente o perfectamente hacer lo que es bueno, sino que también quiere el mal.⁹

8. Col 1.13, Jn 8.34,36, Fil 2.13, Rom 6.18,22.

9. Gal 5.17, Rom 7.15,18-19,21-23, 1 Jn 1.8,10.

5. La voluntad del hombre es perfectamente libre y sólo se inclina permanentemente al bien en el estado de gloria.¹⁰

10. Ef 4.13, Heb 12.23, 1 Jn 3.2, Judas 24, Ap 22.3-4, 2 Cr 6.36, 1 Jn 1.8-10, 2.1-6, Sal 17.15.

Capítulo 10

El Llamamiento Eficaz

1. En el momento oportuno, señalado por él, Dios llama eficazmente a todos aquellos y sólo a aquellos a quienes ha predestinado para la vida. Los llama por su palabra y su Espíritu para que salgan de su estado natural de pecado y muerte a la gracia y la salvación por medio de Jesucristo.¹ Ilumina espiritualmente sus mentes con un entendimiento salvador de las cosas de Dios.² Quita su corazón de piedra y les da un corazón de carne.³ Renueva sus voluntades y por su poder omnipotente los guía a lo que es bueno.⁴ Y así los atrae eficazmente a Jesucristo.⁵ Pero ellos vienen a Jesús voluntariamente, habiendo sido hechos dispuestos por la gracia de Dios.⁶

1. Rom 8.28,30, 11.7, Ef 1.5,10-11, 2 Ts 2.13-14, 2 Co 3.3,6, Rom 8.2, 2 Tm 1.9-10, Jn 15.16, Hch 13.48, 1 Ts 5.9, Stg 1.18, 1 Cor 2.12, Eph 2.1-10.
2. Acts 26.18, 1 Cor 2.10,12, Eph 1.17-18, 2 Co 4.6.
3. Ez 36.26.
4. Ez 11.19, Fil 2.13, Dt 30.6, Ez 36.27, Fil 4.13, Jn 3.5, Gal 6.15, Ti 3.5, 1 Pt 1.23.
5. Ef 1.19, Jn 6.44-45.
6. Sg 1.4, Sal 110.3, Jn 6.37, Rom 6.16-18, Mt 11.28, Ap 22.17; véase la figura 5.

2. Esta llamada eficaz es hecha libremente por Dios y es enteramente un acto de su gracia especial. No depende de nada que Dios haya conocido o previsto acerca de la persona llamada,⁷ que es completamente pasiva. Dios mismo da la vida y la renovación por el Espíritu Santo.⁸ De este modo capacita a cada persona para responder a su llamada y aceptar la gracia que ofrece y da de hecho.⁹

7. 2 Tm 1.9, Ti 3.4-5, Ef 2.4-5, 8-9, Rom 9.11.
8. 1 Cor 2.14, Rom 8.7-9, Ef 2.5.
9. Jn 6.37, Ez 36.27, Jn 5.25.

3. Los niños elegidos, que mueren en la infancia, son regenerados y salvados por Cristo, por medio del Espíritu,¹⁰ que obra cuando, donde y como quiere.¹¹ Lo mismo sucede con todas las demás personas elegidas que son incapaces de ser llamadas exteriormente por el ministerio de la palabra.¹²

10. Lc 18.15-16, Hch 2.38-39, Jn 3.3,5-6, 1 Jn 5.12, Rom 8.9, Gn 17.7, Sal 105.8-10, Ez 16.20-21, Gal 3.29, Hch 16.15,31-33, 1 Cor 1.16.
11. Jn 3.8.
12. 1 Jn 5.12, Hch 4.12, Jn 3.8, 16.7-8.

4. Otros, no elegidos, pueden ser llamados por el ministerio de la palabra, y el Espíritu puede obrar en ellos de algunas de las mismas maneras que obra en los elegidos. Sin embargo, nunca vienen verdaderamente a Cristo y, por lo tanto, no pueden ser salvos.¹³ Y, por supuesto, las personas que no profesan la religión cristiana no pueden ser salvadas de ninguna otra manera en absoluto,¹⁴ no importa cuánto se esfuercen por vivir una vida moral de acuerdo con su propio entendimiento o traten de seguir las reglas de alguna otra religión. Decir que pueden salvarse es extremadamente dañino y debe ser denunciado.¹⁵

13. Mt 22.14, 7.22, 13-15, 20-21, Heb 6.4-6, Jn 6.64-66, 8.24, 1 Jn 2.19, Hch 28.24.
14. Hch 4.12, Jn 14.6, Ef 2.12-13, Jn 4.22, 17.3.
15. 2 Jn 9-11, 1 Cor 16.22, Gal 1.6-8.

Capítulo 11

Justificación

1. A los que Dios llama eficazmente, también los justifica gratuitamente.¹ No derrama justicia en ellos, sino que perdona sus pecados, los mira y los acepta como si fueran justos, no por algo obrado en ellos o hecho por ellos, sino sólo por causa de Cristo. Él no considera su fe en sí misma, el acto de creer, como su justicia o cualquier otra respuesta obediente al evangelio de su parte. Más bien, les imputa la obediencia y la satisfacción judicial ganadas por Cristo.² Por su parte, ellos reciben y descansan en Cristo y en su justicia por la fe (y esta fe no es suya, sino que es en sí misma un don de Dios).³
 1. Rom 8.30, 3.24.
 2. Rom 4.5-8, 2 Cor 5.19,21, Rom 3.22,24-25,27-28, Ti 3.5,7, Ef 1.7, Jer 23.6, 1 Cor 1.30-31, Rom 5.17-19.
 3. Hch 10.43-44, Gal 2.16, Fil 3.9, Hch 13.38-39, Ef 2.7-8, Jn 1.12, 6.44-45, Fil 1.29.
2. La fe, recibiendo y descansando así en Cristo y en su justicia, es el único medio de justificación.⁴ En la persona justificada, sin embargo, va siempre acompañada de todas las demás gracias salvíficas y no es una fe muerta, sino que obra por amor.⁵
 4. Jn 1.12, Rom 3.28, 5.1, Jn 3.16,18,36.
 5. Stg 2.17,22,26, Gal 5.6.
3. Por su obediencia y muerte, Cristo saldó completamente la deuda de todos los que son así justificados, y satisfizo correcta, real y plenamente la justicia de su Padre en favor de ellos.⁶ Puesto que Cristo fue entregado voluntariamente por el Padre en favor de ellos,⁷ y puesto que su obediencia y satisfacción fueron aceptadas en lugar de ellos⁸ y no por nada en ellos, su justificación es el resultado sólo de su gracia gratuita⁹ -para que tanto la perfecta justicia como la rica gracia de Dios pudieran ser glorificadas en la justificación de los pecadores.¹⁰
 6. Rom 5.8-10,18-19, 1 Tm 2.5-6, Heb 10.10,14, Dn 9.24,26, Is 53.4-6,10-12, 1 Cor 15.3, 2 Cor 5.21, 1 Pt 2.24, 3.18.
 7. Rom 8.32, Jn 3.16.
 8. 2 Cor 5.21, Mt 3.17, Ef 5.2, Is 53.6.
 9. Rom 3.24, Ef 1.7, Rom 6.23, Ef 2.6-9.
 10. Rom 3.26, Ef 2.7.
4. Desde la eternidad Dios decretó la justificación de todos los elegidos,¹¹ y en la plenitud de los tiempos Cristo murió por sus pecados y resucitó para su justificación.¹² Sin embargo, los elegidos no son justificados hasta que el Espíritu Santo, a su debido tiempo, les aplique realmente a Cristo.¹³
 11. Gal 3.8, 1 Pt 1.2,19-20, Rom 8.30.
 12. Gal 4.4, 1 Tm 2.6, Rom 4.25, 1 Pt 1.21.
 13. Col 1.21-22, Gal 2.16, Ti 3.4-7, Jn 3.5,18,36.
5. Dios sigue perdonando los pecados de los justificados.¹⁴ Aunque nunca pueden caer del estado de justificación,¹⁵ pueden por sus pecados caer bajo el desagrado paternal de Dios y no tener sentido de su presencia con ellos hasta que se humillen, confiesen sus pecados, pidan perdón y renueven su fe en el arrepentimiento.¹⁶
 14. Mt 6.12, 1 Jn 1.7,9, 2.1-2.
 15. Lc 22.32, Jn 10.28, Heb 10.14, Flp 1.6, 1 Jn 2.19; pruebas en el capítulo 17.
 16. Sal 89.31-33, 51.7-12, 32.5, Mt 26.75, 1 Cor 11.30,32, Lc 1.20.

Justificación

6. La justificación de los creyentes bajo el Antiguo Testamento era en todos estos aspectos idéntica a la justificación de los creyentes bajo el Nuevo Testamento.¹⁷

17. Gal 3.6-9,13-14, Rom 4.22-24, Heb 13.8, 11.13, Jn 8.56, Hch 15.11, Rom 3.30.

Capítulo 12

Adopción

1. Dios garantiza la adopción de todos aquellos que son justificados en y por su único hijo, Jesucristo.¹ Los adoptados gozan de las libertades y privilegios de los hijos de Dios,² tienen su nombre puesto sobre ellos,³ reciben el Espíritu de adopción,⁴ tienen acceso al trono de la gracia con denuedo,⁵ y están capacitados para clamar, Abba, Padre.⁶ Son compadecidos,⁷ protegidos,⁸ provistos,⁹ y disciplinados por él como padre.¹⁰ Sin embargo, nunca son desechados,¹¹ y son sellados hasta el día de la redención.¹² Son compadecidos,⁷ protegidos,⁸ provistos,⁹ y disciplinados por él como un padre.¹⁰ Sin embargo, nunca son desechados,¹¹ y son sellados hasta el día de la redención¹² y heredan las promesas¹³ como herederos de la salvación eterna.¹⁴

1. Ef 1.5, Gal 4.4-5.
2. Rom 8.17, Jn 1.12.
3. Jer 14.9, 2 Cor 6.18, Rv 3.12.
4. Rom 8.15.
5. Ef 3.12, Rom 5.2, Heb 4.16.
6. Gal 4.6.
7. Sal 103.13.
8. Prv 14.26, Sal 27.1-3.
9. Mt 6.30,32, 1 Pt 5.7.
10. Heb 12.6.
11. Lam 3.31-32, Heb 13.5.
12. Ef 4.30.
13. Heb 6.12.
14. 1 Pe 1.3-4, Heb 1.14.

Capítulo 13

Santificación

1. Los que son llamados y regenerados eficazmente tienen un corazón nuevo y un espíritu nuevo creados en ellos. Son además santificados, real y personalmente, por el poder de la muerte y resurrección de Cristo y por su palabra y Espíritu que moran en ellos.¹ El poder del pecado que gobierna sobre todo el cuerpo es destruido,² y los deseos del viejo yo son cada vez más debilitados y muertos.³ Al mismo tiempo, la capacidad de practicar la verdadera santidad, sin la cual nadie verá al Señor,⁴ es vivificada y fortalecida por todas las gracias salvíficas.⁵

1. 1 Cor 6.11, Hch 20.32, Flp 3.10, Rom 6.5-6, Jn 17.17,19, Ef 5.26, 2 Ts 2.13, 1 Cor 1.30.

2. Rom 6.6,14.

3. Gal 5.24, Rom 8.13, Col 3.5.

4. 2 Cor 7.1, Heb 12.14, Col 1.28, 4.12.

5. Col 1.10-11, Ef 3.16-19, 2 Pe 3.13-14.

2. Esta santificación obra en toda la persona,⁶ pero no completa ni perfectamente en esta vida. La vieja naturaleza pecaminosa retiene algo de su control en cuerpo, mente y espíritu. Y así una guerra continua e irreconciliable continúa en cada creyente. La vieja naturaleza trata de salirse con la suya en oposición al Espíritu, y el Espíritu lucha por afirmar su autoridad sobre la carne.⁷

6. 1 Tes 5.23.

7. 1 Jn 1.10, Rom 7.18,23, Fil 3.12, Gal 5.17, 1 Pt 2.11.

3. Aunque la vieja naturaleza gana temporalmente las batallas en esta guerra,⁸ el continuo fortalecimiento del Espíritu santificador de Cristo permite a la naturaleza regenerada en cada creyente vencer.⁹ Y así los santos crecen en gracia,¹⁰ perfeccionando la santidad en el temor de Dios.¹¹

8. Rom 7.23.

9. Rom 6.14, 1 Jn 5.4, Ef 4.15-16.

10. 2 Pe 3.18, 2 Cor 3.18.

11. 2 Cor 7.1.

Capítulo 14

La Fe Salvadora

1. El don de la fe hace posible que las almas de los elegidos se salven creyendo en Jesucristo. Este don es obra del Espíritu de Cristo en el corazón de los elegidos¹ y se realiza ordinariamente por el ministerio de la palabra.² También se aumenta y fortalece por la palabra, por la oración y por la administración de los sacramentos.³

1. Heb 10.39, 2 Cor 4.13, Ef 1.17-20, 2.8, 1 Cor 12.3, Heb 12.2; véanse las pruebas en el capítulo 11.
2. Rom 10.14,17, Mt 28.19-20, 1 Cor 1.21.
3. 1 Pe 2.2, Hch 20.32, Rom 4.11, Lc 17.5, Rom 1.16-17, Mt 28.19, 1 Cor 11.23-29, 2 Cor 12.8-10, Lc 22.19, Jn 6.54-56, Lc 22.32.

2. Por esta fe, el cristiano cree que todo lo que se revela en la Palabra es la declaración verdadera, auténtica y autorizada de Dios mismo.⁴ Por esta fe, el creyente también actúa de acuerdo con lo que dicen los pasajes particulares de la Palabra. Por la fe, el creyente se somete humildemente y obedece los diversos mandamientos de Dios.⁵ Tiembla ante las impresionantes amenazas de Dios,⁶ y abraza con entusiasmo sus promesas sobre esta vida y la vida venidera.⁷ Pero las acciones principales de la fe salvadora son aceptar, recibir y descansar sólo en Cristo para la justificación, santificación y vida eterna, en el poder del pacto de gracia.⁸

4. Jn 4.42, 1 Ts 2.13, 1 Jn 5.10, Hch 24.14.
5. Rom 16.26, Mt 22.37-40.
6. Is 66.2.
7. Heb 11.13, 1 Tm 4.8.
8. Jn 1.12, Hch 16.31, Gal 2.20, Hch 15.11.

3. Esta fe tiene diferentes grados de fuerza y debilidad.⁹ Puede ser atacada y debilitada a menudo y de muchas maneras, pero obtiene la victoria.¹⁰ En muchos creyentes madura y se asegura completamente por medio de Cristo,¹¹ que crea y perfecciona nuestra fe.¹²

9. Heb 5.13-14, Rom 4.19-20, Mt 6.30, 8.10.
10. Lc 22.31-32, Ef 6.16, 1 Jn 5.4-5, 1 Cor 10.13.
11. Heb 6.11-12, 10.22, Col 2.2, 2 Tm 1.12; véanse las pruebas en el capítulo 18.
12. Heb 12.2.

Capítulo 15

Arrepentimiento que Conduce a la Vida

1. El arrepentimiento que lleva a la vida es el producto bendito del evangelio que obra en la vida de los creyentes.¹ Junto con la doctrina de la fe en Cristo, es una doctrina que debe predicar todo ministro del evangelio.²
 1. Zac 12.10, Hch 11.18.
 2. Lc 24.47, Mc 1.15, Hch 20.21.
2. En este arrepentimiento el pecador es capaz de ver sus pecados como Dios los ve, como inmundos y odiosos, y como implicando un gran peligro para el pecador, porque son completamente contrarios a la naturaleza santa y a la ley justa de Dios. Comprendiendo que Dios en Cristo es misericordioso con los que se arrepienten, el pecador sufre un profundo dolor por sus pecados y los odia, por lo que determina apartarse de todos ellos. Y volviéndose a Dios,³ trata de caminar con Él según todos sus mandamientos.⁴
 3. Ez 18.30-31, 36.31, Is 30.22, Sal 51.4, Jer 31.18-19, Jl 2.12-13, Am 5.15, Sal 119.128, 2 Cor 7.11.
 4. Sal 119.6,59,106, Lc 1.6, 2 Re 23.25, Jn 14.23, Mt 21.28-29.
3. Aunque el arrepentimiento no es ninguna satisfacción por el pecado y no causa el perdón de los pecados⁵ (ya que el perdón es un acto de la gracia voluntaria de Dios en Cristo⁶), sin embargo es necesario para todos los pecadores, y nadie puede esperar ser perdonado sin él.⁷
 5. Ez 36.31-32, 16.61-63, Ti 3.5, Hch 5.31.
 6. Os 14.2,4, Rom 3.24, Ef 1.7.
 7. Lc 13.3,5, Hch 17.30-31.
4. Así como no hay pecado tan pequeño que no merezca la condenación,⁸ tampoco hay pecado tan grande que pueda acarrear la condenación a los que se arrepienten de verdad.⁹
 8. Rom 6.23, 5.12, Mt 12.36, Stg 2.10.
 9. Is 55.7, Rom 8.1, Is 1.16,18.
5. Los creyentes no deben contentarse con el arrepentimiento general. Más bien, es deber de cada uno tratar de arrepentirse de cada pecado individualmente.¹⁰
 10. Sal 19.13, Lc 19.8, 1 Tm 1.13,15, Dn 9, Neh 9.
6. Toda persona está también obligada a confesar en privado sus pecados a Dios y a pedir perdón por ellos.¹¹ La confesión, la oración por el perdón y el abandono de los pecados que han sido perdonados encontrarán la misericordia de Dios.¹² Del mismo modo, cualquiera que peque contra su hermano espiritual o contra la Iglesia debe estar dispuesto a confesar, en privado o en público, a demostrar dolor por su pecado y a manifestar abiertamente su arrepentimiento a aquellos a quienes ha herido.¹³ Ellos, a su vez, deben reconciliarse con él y recibirle en el amor.¹⁴
 11. Sal 51.4-5,7,9,14, 32.5-6.
 12. Prv 28.13, 1 Jn 1.9.
 13. Sant 5.16, Lc 17.3-4, Jos 7.19, Sal 51.
 14. 2 Cor 2.7-8, Gal 6.1-2.

Capítulo 16

Las Buenas Obras

1. Las buenas obras son sólo aquellas obras identificadas como buenas por Dios y ordenadas por él en su santa palabra.¹ No incluyen otras obras, no importa cuán bien intencionadas en su diseño o celosamente promovidas por los hombres.²
 1. Mi 6.8, Rom 12.2, Heb 13.21, Dt 12.32, Sal 119.9, Mt 28.20, Lc 10.25-26, 2 Pe 1.19.
 2. Mt 15.9, Is 29.13, 1 Pt 1.18, Rom 10.2, Jn 16.2, 1 Sm 15.21-23, Col 2.16-17,20-23, Dt 10.12-13.
2. Estas buenas obras, hechas en obediencia a los mandamientos de Dios, son el fruto y la evidencia de una fe verdadera y viva.³ Por medio de ellas los creyentes muestran su agradecimiento,⁴ fortalecen su seguridad de salvación,⁵ edifican a sus hermanos en el Señor,⁶ y se convierten en ornamentos de todos los que profesan el evangelio.⁷ Las buenas obras en los creyentes acallan las críticas de los enemigos del evangelio.⁸ También glorifican a Dios⁹ al mostrar que los creyentes son hechura y creación de Jesucristo,¹⁰ porque su objetivo es esa santidad de vida que conduce a la vida eterna.¹¹
 3. Sant 2.18,22.
 4. Sal 116.12-13, 1 Pe 2.9, Col 3.17, 1 Cr 29.6-9.
 5. 1 Jn 2.3,5, 2 Pe 1.5-10.
 6. 2 Cor 9.2, Mt 5.16, 1 Tm 4.12.
 7. Ti 2.5,9-12, 1 Tm 6.1.
 8. 1 Pe 2.15.
 9. 1 Pe 2.12, Flp 1.11, Jn 15.8.
 10. Ef 2.10.
 11. Rom 6.22.
3. Los creyentes obtienen la capacidad de hacer buenas obras enteramente del Espíritu de Cristo.¹² Además de los otros efectos particulares de la gracia de Dios ya recibidos, los creyentes deben ser dirigidos por el Espíritu Santo para querer y hacer lo que agrada a Dios.¹³ Sin embargo, no deben por lo tanto volverse espiritualmente perezosos, esperando alguna guía especial del Espíritu antes de hacer cualquier cosa ordenada por Dios. Por el contrario, deben tratar diligentemente de identificar las buenas obras que Dios ha ordenado en su Palabra y luego hacer todo lo posible por realizarlas, orando diariamente y con fervor para que el Espíritu Santo, que vive en ellos, les dé poder y capacitación.¹⁴
 12. Jn 15.4-6, Ez 36.26-27, Lc 11.13.
 13. Fil 2.13, 4.13, 2 Cor 3.5, Eph 3.16.
 14. Fil 2.12, Heb 6.11-12, 2 Pe 1.3,5,10-11, Is 64.7, 2 Tm 1.6, Hch 26.6-7, Jud 20-21.
4. Aquellos creyentes que hacen lo mejor que pueden en la obediencia a Dios en esta vida, nunca pueden hacer más o incluso tanto como Él requiere. De hecho, se quedan cortos en mucho de lo que están obligados a hacer.¹⁵
 15. Lc 17.10, Neh 13.22, Jb 9.2-3, Gal 5.17.

Las Buenas Obras

5. No podemos, por supuesto, merecer con nuestras mejores obras ser perdonados de nuestros pecados y recibir de Dios la vida eterna. Existe esa gran desproporción entre nuestras mejores obras en esta vida y la gloria que se va a revelar en nosotros, y existe la distancia infinita entre nosotros y Dios, que no saca provecho de nuestras mejores obras y no se satisface con ellas por la deuda de nuestros pecados anteriores.¹⁶ Cuando hemos hecho todo lo que podíamos, sólo hemos cumplido con nuestro deber y somos siervos inútiles.¹⁷ Puesto que la bondad de nuestras mejores obras procede de hecho de su Espíritu¹⁸ y puesto que, en la medida en que son realizadas por nosotros, nuestras mejores obras están contaminadas y mezcladas con nuestra debilidad e imperfección, no pueden por tanto soportar siquiera el escrutinio del juicio de Dios.¹⁹

16. Rom 3.20, 4.2,4,6, Ef 2.8-9, Ti 3.5-7, Rom 8.18,22-24, Sal 16.2, Jb 22.2-3, 35.7-8.

17. Lc 17.10; véanse las citas del punto 15.

18. Gal 5.22-23.

19. Is 64.6, Gal 5.17, Rom 7.15,18, Sal 143.2, 130.3.

6. Sin embargo, puesto que las personas de los creyentes son aceptadas por medio de Cristo, sus buenas obras en esta vida también son aceptadas en él.²⁰ No es que sean perfectas a los ojos de Dios²¹, sino que Dios, mirándolas en su Hijo, se complace en aceptar y recompensar lo que se hace sinceramente, aunque vaya acompañado de mucha debilidad e imperfección.²²

20. Ef 1.6, 1 Pe 2.5, Ex 28.38, Gn 4.4, Heb 11.4.

21. Jb 9.20, Sal 143.2, 1 Cor 4.3-4.

22. Heb 13.20-21, 2 Cor 8.12, Heb 6.10, Mt 25.21,23.

7. Las obras realizadas por personas que no han renacido espiritualmente pueden ser las mismas que las ordenadas por Dios y pueden ser de buena utilidad para ellas y para los demás.²³ Sin embargo, como no proceden de un corazón purificado por la fe,²⁴ no se hacen de la manera correcta, es decir, en respuesta a la palabra de Dios,²⁵ y no se hacen con el propósito correcto. palabra de Dios,²⁵ y no se hacen con el fin adecuado, la gloria de Dios,²⁶ son, por tanto, pecaminosas y no pueden agradar a Dios ni hacer a una persona apta para recibir la gracia de Dios.²⁷ Sin embargo, es más pecaminoso y desagradable a Dios no hacer tales obras que hacerlas.²⁸

23. 2 Re 10.30-31, 1 Re 21.27,29, Flp 1.15-16,18.

24. Gn 4.3-5, Heb 11.4,6.

25. 1 Cor 13.3, Is 1.12, Mc 10.20-21.

26. Mt 6.2,5,16, Rom 14.23.

27. Hg 2.14, Ti 1.15, Am 5.21-22, Os 1.4, Rom 9.16, Ti 3.5, Prv 15.8, 28.9, Mc 7.6-7.

28. Sal 14.4, 36.3, Jb 21.14-15, Mt 25.41-45, 23.23, 25.24-28.

Capítulo 17

La Perseverancia de los Santos

1. Aquellos a quienes Dios ha aceptado en su Hijo y ha llamado y santificado eficazmente por su Espíritu nunca pueden salir completa o definitivamente de su estado de gracia. Más bien, continuarán definitivamente en ese estado hasta el fin y son eternamente salvos.¹

1. Fil 1.6, 2 Pe 1.10, Jn 10.28-29, 1 Jn 3.9, 1 Pe 1.5,9, Jb 17.9, Jer 32.40.

2. Esta perseverancia de los santos no depende de su propio libre albedrío, sino del inmutable decreto de elección de Dios, que fluye de su amor voluntario e inmutable.² También depende de la eficacia del mérito y de la intercesión de Jesucristo,³ del Espíritu que mora y de la semilla de Dios que mora en los santos,⁴ y de la naturaleza del pacto de gracia.⁵ Todo esto establece la certeza y la infalibilidad de su preservación.⁶

2. 2 Tm 2.18-19, Jer 31.3, Ef 1.4-5, Jn 13.1, Rom 8.35-39.

3. Heb 10.10,14, 13.20-21, 9.12-15, Rom 8.32-39, Jn 17.11,24, Lc 22.32, Heb 7.25.

4. Jn 14.16-17, 1 Jn 2.27, 3.9.

5. Jer 32.40, Heb 8.10-12.

6. Jn 10.28, 2 Ts 3.3, 1 Jn 2.19, 1 Ts 5.23-24, Heb 6.17-20.

3. Sin embargo, las tentaciones de Satanás, del mundo y de su vieja naturaleza carnal, junto con el descuido de los medios para su preservación, pueden llevar a los creyentes a cometer pecados graves y a continuar en ellos por algún tiempo.⁷ En consecuencia, desagradan a Dios⁸ y entristecen a su Espíritu Santo,⁹ se les quitan algunos de los frutos de la gracia de Dios y sus consuelos,¹⁰ se les endurece el corazón¹¹ y se les hiere la conciencia,¹² hieren y ofenden a otros,¹³ y traen juicios temporales sobre sí mismos.¹⁴

7. Mt 26.70,72,74, Sal 51. Título y versículo14, 2 Sm 12.9,13.

8. Is 64.5,7,9, 2 Sm 11.27.

9. Ef 4.30.

10. Sal 51.8,10,12, Ap 2.4, Sg 5.2-4, 6.

11. Is 36.17, Mc 6.52, 16.14, Sal 95.8.

12. Sal 32.3-4, 51.8.

13. 2 Sm 12.14, Ez 16.54.

14. Sal 89.31-32, 1 Cor 11.32, 2 Sm 12.10.

Capítulo 18

La Seguridad de la Gracia y la Salvación

1. Los hipócritas y otros hombres no regenerados pueden engañarse a sí mismos con falsas esperanzas y presunciones carnales acerca de que gozan del favor de Dios y de que son salvos.¹ Sus presunciones morirán con ellos.² Sin embargo, los que creen verdaderamente en el Señor Jesús, lo aman honestamente y tratan de andar con buena conciencia delante de él, pueden tener en esta vida la certeza de que están en estado de gracia.³ También pueden regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios, y nunca se avergonzarán de esa esperanza.⁴

1. Jb 8.13-14, Mi 3.11, Dt 29.19, Jn 8.41.
2. Mt 7.22-23, Jb 8.13.
3. 1 Jn 2.3, 3.14, 18-19, 21, 24, 5.13, 2 Tm 1.12.
4. Rom 5.2, 5; véanse las citas del punto 3 ; 2 Tm 4.7-8.

2. Esta certeza no se basa en la esperanza falible de conjeturas o probabilidades. Más bien, es la infalible certeza de la fe,⁵ establecida en la verdad divina de las promesas de salvación.⁶ También está la evidencia interior de la perspicacia espiritual, que Dios nos ha dado, a la que se dirigen estas promesas.⁷ Y está el testimonio del Espíritu de adopción, que atestigua con nuestros espíritus que somos hijos de Dios.⁸ Este Espíritu es la prenda de nuestra herencia. Por él somos sellados hasta el día de la redención.⁹

5. Heb 6.11-12, 19; véanse las citas de los puntos 3 y 4.
6. Heb 6.17-18, 2 Pe 1.4-5.
7. 2 Pt 1.4-5, 10-11, 1 Jn 2.3, 3.14, 2 Cor 1.12.
8. Rom 8.15-16.
9. Ef 1.13-14, 4.30, 2 Cor 1.21-22.

3. Esta seguridad infalible no es tan esencial para la fe que un verdadero creyente no pueda tener dudas y conflictos acerca de ella, posiblemente esperar algún tiempo por ella, y crecer en ella.¹⁰ Pero puesto que el Espíritu capacita a los creyentes para conocer las cosas que les son dadas gratuitamente por Dios, todo creyente puede llegar a una plena seguridad de la salvación por la obra ordinaria del Espíritu sin revelación inusual.¹¹ Por lo tanto, es deber de todo creyente establecer la certeza de su llamamiento y elección¹² para que su corazón se llene de paz y gozo en el Espíritu Santo, de amor y agradecimiento a Dios, y de fortaleza y alegre obediencia. Estos son los verdaderos productos de la seguridad,¹³ que nunca conduce a una vida indisciplinada.¹⁴

10. 1 Jn 5.13, Is 50.10, Mc 9.24, Sal 88, 77.1-20, 73.
11. 1 Cor 2.12, 1 Jn 4.13, Heb 6.11-12, Ef 3.17-19, Sal 77.10-20, 73, véanse las citas en el apartado 2.
12. 2 Pe 1.10.
13. Rom 5.1-2, 5, 14.17, 15.13, Ef 1.3-4, Sal 4.6-7, 119.32.
14. 1 Jn 2.1-2, Rom 6.1-2, Ti 2.11-12, 14, 2 Cor 7.1, Rom 8.1, 12, 1 Jn 3.2-3, Sal 130.4, 1 Jn 1.6-7, 2 Pt 1.10.

La Seguridad de la Gracia y la Salvación

4. La seguridad que los verdaderos creyentes tienen de su salvación puede ser sacudida, disminuida o interrumpida por diversas razones: por descuidar su conservación; por cometer algún pecado particular, que hiera la conciencia y contrista al Espíritu; por alguna tentación repentina o fuerte; o porque Dios les retire el sentido de su presencia y les permita caminar en tinieblas.¹⁵ Sin embargo, nunca están completamente sin la semilla de Dios, la vida de fe, el amor de Cristo y de otros creyentes, y el corazón sincero y la conciencia obediente, a partir de los cuales el Espíritu puede revivir esta seguridad a su debido tiempo¹⁶ y por los cuales, mientras tanto, son guardados de la completa desesperación.¹⁷

15. Sg 5.2-3, 6, Sal 51.8,12,14, Ef 4.30-31, Sal 77.1-10, Mt 26.69-72, Sal 31.22, Sal 88, Is 50.10.

16. 1 Jn 3.9, Lc 22.32, Jb 13.15, Sal 73.15, Sal 51.8,12, Is 50.10.

17. Mi 7.7-9, Jer 52.40, Is 54.7-10, Sal 22.1, 88, 2 Cor 4.8-10.

Capítulo 19

La Ley de Dios

1. Dios dio a Adán una ley como pacto de obras. Exigió a Adán y a todos sus descendientes que obedecieran esta ley, individualmente, por completo, perpetuamente y de acuerdo preciso con sus disposiciones. Dios prometió la vida por cumplirla y amenazó con la muerte por desobedecerla, y dio al hombre el poder y la capacidad de cumplirla.¹

1. Gn 1.26-27, 2.17, Rom 2.14-15, 10.5, 5.12,19, Gal 3.10,12, Ecl 7.29, Jb 28.28, Ef 4.24.

2. Después de la caída, esta ley siguió siendo una regla perfecta de justicia y fue dada, como tal, por Dios en el monte Sinaí en los Diez Mandamientos, escritos en dos tablas.² Los cuatro primeros mandamientos establecen nuestras obligaciones para con Dios y los seis restantes nuestras obligaciones para con los seres humanos.³

2. Stg 1.25, 2.8,10-12, Rom 13.8-9, Dt 5.32, 10.4, Ex 34.1, Rom 3.19, Gal 3.12, Hos 6.7, Gn 2.16-17; comparar Rom 5.12-14, 1 Cor 15.22, Lc 10.25-28, y las alianzas hechas con Noé y Abraham; Gn 1.26, Dt 30.19, Jn 7.17, Ap 22.17, Stg 1.14.

3. Mt 22.37-40, Ex 20.3-18.

3. Además de esta ley, normalmente llamada ley moral, Dios quiso dar al pueblo de Israel, como asamblea de creyentes precristianos, leyes ceremoniales que contenían muchas ordenanzas típicas. Algunas de estas ordenanzas pertenecen a la adoración y prefiguran a Cristo, su gracia, acciones, sufrimiento y los beneficios que se obtienen al creer en Él.⁴ El resto de estas ordenanzas contienen varias instrucciones sobre deberes morales.⁵ Todas estas leyes ceremoniales están ahora anuladas bajo el Nuevo Testamento.⁶

4. Heb 9, 10.1, Gal 4.1-3, Col 2.17.

5. 1 Cor 5.7, 2 Cor 6.17, Judas 23; véase Lv 5.1-6, 6.1-7, y pasajes similares, Ex 12.14.

6. Col 2.14,16-17, Dn 9.27, Ef 2.15-16, Mc 7.18-19, Gal 2.4.

4. Dios también dio a los israelitas, como cuerpo político, varias leyes judiciales. Éstas expiraron con el estado de Israel y no obligan al pueblo de Dios más de lo que parece apropiado en los códigos legales contemporáneos.⁷

7. Ex 21, 22.1-29, Gn 49.10, 1 Pe 2.13-14, Mt 5.17,38-39, 1 Cor 9.8-10.

5. La ley moral, sin embargo, pertenece a todos, salvos y no salvos, para siempre, no sólo con respecto a su contenido, sino también en relación con la autoridad de Dios, el Creador, que la dio.⁸ En el Evangelio, Cristo no elimina en modo alguno esta obligación, sino que la refuerza.⁹

8. Rom 13.8-10, Ef 6.2, 1 Jn 2.3-4,7-8, Rom 3.31, 6.15, Stg 2.8,10-11; véanse las citas en el apartado 2, Rom 3.19.

9. Mt 5.17-19, Sant 2.8, Rom 3.31.

La Ley de Dios

6. Aunque los verdaderos creyentes no son justificados ni condenados por la ley como pacto de obras,¹⁰ la ley es, sin embargo, muy útil para ellos y para los demás. Como regla de vida, les informa de la voluntad de Dios y de su obligación de obedecerla.¹¹ También les revela la contaminación pecaminosa de su naturaleza, de sus corazones y de sus vidas,¹² de modo que, examinándose a sí mismos desde su punto de vista, pueden convencerse más de la presencia del pecado en ellos, humillarse más a causa de ese pecado y odiarlo más.¹³ Así adquieren una mejor conciencia de su necesidad de Cristo y de la perfección de su obediencia.¹⁴ Las prohibiciones contra el pecado¹⁵ en la ley también son útiles para restringir a los creyentes de perseguir los deseos de su vieja naturaleza, y los castigos por la desobediencia en la ley les muestran lo que merecen sus pecados y qué aflicciones pueden esperar por ellos en esta vida, aunque hayan sido liberados de la maldición amenazada en la ley.¹⁶ Las promesas de la ley también les muestran que Dios aprueba la obediencia y que pueden esperar bendiciones por la obediencia,¹⁷ aunque no como lo que les corresponde por la ley como un pacto de obras.¹⁸ El hecho de que la ley anime a hacer el bien y desanime a hacer el mal no significa que una persona que hace el bien y se abstiene del mal esté bajo la ley y no bajo la gracia.¹⁹

10. Rom 6.14, Gal 2.16, 3.13, 4.4-5, Hch 13.39, Rom 8.1.

11. Rom 7.12,22,25, Sal 119.4-6, 1 Cor 7.19, Gal 5.14,16,18-23.

12. Rom 7.7, 3.20.

13. Jas 1.23-25, Rom 7.9,14,24.

14. Gal 3.24, Rom 7.24-25, 8.3-4.

15. Stg 2.11, Sal 119.101,104,128.

16. Ez 9.13-14, Sal 89.30-34.

17. Lv 26.1-14, 2 Cor 6.16, Ef 6.2-3, Sal 37.11, Mt 5.5, Sal 19.11.

18. Gal 2.16, Lc 17.10.

19. Rom 6.12,14, 1 Pe 3.8-12, Sal 34.12-16, Heb 12.28-29.

7. Ninguno de estos usos de la ley es contrario a la gracia del Evangelio. Más bien la cumplen bellamente,²⁰ porque el Espíritu de Cristo somete y capacita la voluntad del hombre para hacer voluntaria y alegremente lo que la voluntad de Dios, revelada en la ley, exige que se haga.²¹

20. Gal 3.21, Ti 2.11-14; véanse las citas en el apartado 6.

21. Ez 36.27, Heb 8.10, Jer 31.33; véanse las citas en el capítulo 10 sección 1, Gal 3.13.

Capítulo 20

Libertad Cristiana y Libertad de Conciencia

1. Cristo ha comprado para los creyentes bajo el evangelio la libertad de la culpa del pecado, de la ira condenatoria de Dios y de la maldición de la ley moral.¹ También los ha liberado del mundo malo en el que vivimos, de la esclavitud a Satanás, del dominio del pecado,² del mal de las aflicciones, del aguijón de la muerte, de la victoria del sepulcro y de la condenación eterna.³ En Cristo, los creyentes tienen libre acceso a Dios⁴ y pueden obedecerle, no por temor servil, sino con un amor infantil y una mente dispuesta.⁵ Todas estas libertades también las tenían los creyentes bajo la ley.⁶ Sin embargo, bajo el Nuevo Testamento, la libertad de los cristianos se ha ampliado para incluir la libertad del yugo de la ley ceremonial, al que estaba sujeta la iglesia judía.⁷ Los cristianos también tienen una mayor audacia para acceder al trono de la gracia⁸ y un don más pleno del Espíritu de Dios que los creyentes que normalmente tenían bajo la ley.⁹

1. Ti 2.14, 1 Tes 1.10, Gal 3.13, Rom 8.1.
2. Gal 1.4, Col 1.13, Hch 26.18, Rom 6.14, 1 Jn 1.7.
3. Rom 8.28, Sal 119.71, 1 Cor 15.54-57, Rom 8.1.
4. Rom 5.1-2, Ef 2.18, 3.12, Heb 10.19.
5. Rom 8.14-15, 1 Jn 4.18, Ef 2.18, Gal 4.6, Heb 10.19.
6. Gal 3.9, 14; véanse las citas en el capítulo 8, sección 6.
7. Gal 4.1-3, 6-7, 5.1, Hch 15.10-11.
8. Heb 4.14,16, 10.19-22.
9. Jn 7.38-39, 2 Cor 3.13, 17-18, Rom 5.5.

2. Sólo Dios es Señor de la conciencia y la ha dejado libre de las doctrinas y mandamientos de los hombres que sean de algún modo contrarios o diferentes de su palabra en materia de fe o de culto.¹⁰ Por tanto, creer en tales enseñanzas u obedecer tales mandamientos de los hombres por causa de la conciencia traiciona de hecho la verdadera libertad de conciencia.¹¹ Exigir una obediencia implícita o absoluta y ciega también destruye la libertad de conciencia, así como el libre uso de la razón.¹²

10. Stg 4.12, Rom 14.4,10, Hch 4.19, 5.29, 1 Cor 7.23, Mt 23.8-10, 2 Cor 1.24, Mt 15.9.
11. Col 2.20-23, Gal 1.10, 5.1, 2.3-5, Sal 5.1, Gal 4.9-10.
12. Rom 10.17, 14.23, Is 8.20, Hch 17.11, Jn 4.22, Os 5.11, Ap 13.12,16-17, Jer 8.9, 1 Pe 3.15.

3. Los que practican cualquier pecado o alimentan cualquier deseo pecaminoso con el pretexto de la libertad cristiana destruyen todo el propósito de la libertad cristiana, que es que, habiendo sido rescatados de las manos de nuestros enemigos, podamos servir al Señor sin temor y en santidad y justicia delante de él todos los días de nuestra vida.¹³

13. Gal 5.13, 1 Pt 2.16, 2 Pt 2.19, Jn 8.34, Lc 1.74-75, Rom 6.15, 2 Pt 3.15.

Libertad Cristiana y Libertad de Conciencia

4. Dios quiere que las autoridades que ha ordenado en la tierra y la libertad que Cristo ha comprado no se destruyan, sino que se sostengan y preserven mutuamente. Y así, aquellos que se oponen a cualquier poder legítimo o al ejercicio legítimo del poder, ya sea civil o eclesiástico, con el pretexto de la libertad cristiana, en realidad están resistiendo a Dios.¹⁴ El apoyo, la promoción o la práctica de tal oposición, que contradice la comprensión natural o los principios conocidos del cristianismo en materia de fe, culto y asociaciones, que niega el poder de la piedad, o que perturba la paz y la unidad entre los creyentes, debe ser legalmente llamado a rendir cuentas y procesado por la iglesia.¹⁵

14. Mt 12.25, 1 Pe 2.13-14,16, Rom 13.1-8, Heb 13.17.

15. Rom 1.32, 1 Cor 5.1,5,11-13, 2 Jn 5.10-11, 2 Ts 3.14, 1 Tm 6.3-5, Ti 1.10-11,13, 3.10, Mt 18.15-18, 1 Tm 1.19-20, Ap 2.14-15,20, 3.9, Rom 16.17, 2 Ts 3.6, Dt 13.6-12, Rom 13.3-4, 2 Jn 5.10-11, Ez 7.23-28, Rv 17.12,16-17, Neh 13.15,17,21- 22,25,30, 2 Re 23.5-6,9,20-21, 2 Cr 34.33, 15.12-13,16, Dn 3.29, 1 Tm 2.2, Is 49.23, Zac 13.2-3.

Capítulo 21

Culto Religioso y Día de Reposo

1. El entendimiento natural revela que hay un Dios, que es señor y soberano sobre todas las cosas, que es bueno y hace el bien a todos, y que por lo tanto debe ser temido, amado, alabado, invocado, confiado y servido con todo nuestro corazón, alma y fuerza.¹ La manera aceptable de adorar al Dios verdadero es establecida por Dios mismo. La voluntad revelada de Dios define y esboza de tal manera la adoración apropiada que no se deben seguir ni las imaginaciones y maquinaciones de los hombres ni las sugerencias de Satanás. Dios no debe ser adorado bajo ninguna representación visible ni de ninguna otra manera que no sea la prescrita en las Sagradas Escrituras.²

1. Rom 1.19-20, Hch 17.24, Sal 119.68, Jer 10.7, Sal 31.23, 18.3, Rom 10.12, Sal 62.8, Jos 24.14, Mc 12.33, Sal 19.1-6, Hch 14.17.
2. Dt 12.32, Mt 15.9, Hch 17.24-25, Mt 4.9-10, Dt 4.15-20, Ex 20.4-6, Col 2.20-23, Jn 4.23-24.

2. El culto religioso debe darse a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y sólo a él,³ no a los ángeles, santos o cualquier otra criatura.⁴ Desde la caída, este culto debe implicar un mediador, y no hay otro mediador que sólo Cristo.⁵

3. Mt 4.10, Jn 5.23, 2 Co 13.14, Ap 5.11-14, Mt 28.19.
4. Col 2.18, Ap 19.10, Rom 1.25.
5. Jn 14.6, 1 Tm 2.5, Ef 2.18, Col 3.17.

3. La oración con acción de gracias es una parte del culto religioso⁶ y Dios la exige de todos los hombres.⁷ Para que la oración sea aceptada, debe hacerse en el nombre de Jesús,⁸ con la ayuda de su Espíritu,⁹ según su voluntad,¹⁰ con comprensión, reverencia, humildad, fervor, fe, amor y perseverancia,¹¹ y, si es vocal, en una lengua conocida.¹²

6. Fil 4.6, 1 Tm 2.1, Col 4.2.
7. Sal 65.2, Lc 18.1, 1 Tm 2.8, Sal 67.3, 1 Ts 5.17-18.
8. Jn 14.13-14, 1 Pe 2.5.
9. Rom 8.26, Ef 6.18.
10. 1 Jn 5.14.
11. Sal 47.7, Ecl 5.1-2, Heb 12.28, Gn 18.27, Sant 5.16, 1.6-7, Mc 11.24, Mt 6.12, 14-15, Col 4.2, Ef 6.18.
12. 1 Cor 14.14.

4. Se ha de orar por las cosas lícitas¹³ y por las personas que viven o pueden nacer,¹⁴ pero no por los muertos,¹⁵ ni por los que se sabe que han cometido el pecado de muerte.¹⁶

13. 1 Jn 5.14, Mt 26.42.
14. 1 Tm 2.1-2, Jn 17.20, 2 Sm 7.29, Ru 4.12.
15. 2 Sm 12.21-23, Lc 16.25-26, Ap 14.13; esta afirmación se basa en la ausencia de mandato de orar por los difuntos y de ejemplo en la Escritura de tal oración, 1 Jn 5.14.
16. 1 Jn 5.16.

Culto Religioso y Día de Reposo

5. El culto ordinario a Dios incluye: la lectura reverente y atenta de las Escrituras,¹⁷ la sana predicación¹⁸ y la escucha concienzuda de la Palabra en obediencia a Dios con entendimiento y fe;¹⁹ el canto de salmos con gracia en el corazón;²⁰ y la administración apropiada y la recepción correcta de los sacramentos instituidos por Cristo.²¹ Luego están los juramentos²² y votos religiosos,²³ el ayuno solemne,²⁴ y la acción de gracias en ocasiones especiales.²⁵ El culto debe incluirlos en los momentos apropiados, y deben realizarse de manera santa y religiosa.²⁶

- 17. Hch 15.21, Rv 1.3, Hch 17.11.
- 18. 2 Tm 4.2.
- 19. Sant 1.22, Hch 10.33, Mt 13.19, Heb 4.2, Is 66.2.
- 20. Col 3.16, Ef 5.19, Sant 5.13, Hch 16.25.
- 21. Mt 28.19, 1 Cor 11.23-29, Hch 2.42.
- 22. Dt 6.13, Neh 10.29.
- 23. Is 19.21, Ecl 5.4-5, Hch 18.18, Sal 116.14, Neh 10.29.
- 24. Jl 2.12, Est 4.16, Mt 9.15, 1 Cor 7.5, Mt 6.17-18.
- 25. Sal 107, Est 9.22, Neh 12.31-43.
- 26. Heb 12.28, Jn 4.24, Heb 10.22.

6. Bajo el evangelio, ni la oración ni ninguna otra parte del culto religioso está ligada a o se hace más aceptable por ser realizada en un lugar en particular.²⁷ Dios debe ser adorado en todas partes²⁸ en espíritu y en verdad;²⁹ en familias privadas³⁰ diariamente;³¹ en privado por individuos diariamente;³² y regularmente en reuniones públicas solemnes, que no deben ser descuidada o voluntariamente descuidadas o abandonadas, ya que Dios nos llama a unirnos a otros creyentes en el culto público.³³

- 27. Jn 4.21.
- 28. Mal 1.11, 1 Tm 2.8.
- 29. Jn 4.23-24.
- 30. Jer 10.25, Dt 6.6-7, Jb 1.5, 2 Sm 6.8-18, 20, 1 Pt 3.7, Hch 10.2.
- 31. Mt 6.11, Jos 24.15, Dn 6.10.
- 32. Mt 6.6, Ef 6.18, Neh 1.4-11.
- 33. Is 56.7, Heb 10.25, Prv 1.20-21, 24, 8.34, Hch 13.42, Lc 4.16, Hch 2.42.

7. Es una ley de nuestra vida natural y terrenal que se reserve un tiempo apropiado para adorar a Dios. En su palabra, Dios ha ordenado de manera similar a todos los hombres de todas las épocas que le guarden un día de cada siete como sábado.³⁴ Desde el principio del mundo hasta la resurrección de Cristo, este sábado era el último día de la semana. Desde la resurrección de Cristo ha sido cambiado al primer día de la semana, llamado el día del Señor en las Escrituras, y debe continuar hasta el fin del mundo como el Sabbat cristiano.³⁵

- 34. Ex 20.8-11, Is 56.2,4,6-7.
- 35. Gn 2.2-3, 1 Cor 16.1-2, Hch 20.7, Rv 1.10, Ex 20.8,10, Mt 5.17-18; estos textos se citan en relación con el ejemplo de los apóstoles y de la Iglesia primitiva.

8. El sábado se santifica para el Señor cuando los hombres preparan sus corazones para ello; se ocupan de antemano de sus asuntos diarios; descansan todo el día de sus propias obras y palabras, y de los pensamientos sobre sus actividades y recreaciones mundanas;³⁶ y ocupan todo el tiempo en el culto público y privado y en los deberes de la necesidad y la misericordia.³⁷

- 36. Ex 20.8, 16.23, 25-26,29-30, 31.15-17, Is 58.13, Neh 13.15-22, Lc 23.56.
- 37. Is 58.13, Mt 12.1-13.

Capítulo 22

Juramentos y Votos Legales

1. Los juramentos lícitos forman parte del culto religioso.¹ En ocasiones apropiadas, los creyentes pueden jurar solemnemente y llamar a Dios por testigo de que lo que afirman o prometen es cierto, y pueden pedir a Dios que los juzgue según la verdad o falsedad de lo que juran.²
 1. Dt 10.20.
 2. Ex 20.7, Lv 19.12, 2 Cor 1.23, 2 Cr 6.22-23
2. El nombre de Dios es el único nombre por el que los hombres deben jurar, y ese nombre debe usarse con santo temor y reverencia.³ Por lo tanto, jurar en vano o imprudentemente por ese glorioso y poderoso nombre o jurar por cualquier otro nombre es pecaminoso y debe aborrecerse.⁴ Así como en asuntos importantes un juramento está garantizado por la palabra de Dios, tanto bajo el Nuevo como bajo el Antiguo Testamento, así debe tomarse un juramento legal, requerido por la autoridad legítima en tales asuntos.⁵
 3. Dt 6.13.
 4. Ex 20.7, Jer 5.7, Mt 5.34,37, Stg 5.12.
 5. Heb 6.16, 2 Cor 1.23, Is 65.16, 1 Re 8.31, Neh 13.25, Ez 10.5, Mt 26.63-64.
3. Quien presta juramento debe considerar plenamente la importancia de un acto tan solemne, y por eso no debe jurar sino lo que está completamente convencido de que es verdad. Nadie puede obligarse por juramento sino a lo que es bueno y justo, a lo que cree verdadero y a lo que puede y está resuelto a cumplir. Es pecado negarse a prestar juramento sobre cualquier cosa buena y justa, cuando lo exige una autoridad legítima.⁶
 6. Ex 20.7, Jer 4.2, Gn 24.2-3,5-6,8-9, Nm 5.19,21, Neh 5.12, Ex 22.7-11; véanse las citas en la sección 2 anterior.
4. El juramento debe prestarse en el sentido llano y corriente de las palabras empleadas, sin equívocos ni reservas mentales.⁷ No puede obligar a pecar; pero una vez prestado sobre algo no pecaminoso, debe cumplirse, incluso en perjuicio propio,⁸ y no debe romperse, aunque se haga a herejes o ateos.⁹
 7. Jer 4.2, Sal 24.4, Ex 20.7.
 8. 1 Sm 25.22, 32-34, Sal 15.4.
 9. Ez 17.16,1 8-19, Jos 9.18-19, 2 Sm 21.1.
5. Un voto es similar a un juramento en el que se promete algo y debe hacerse con el mismo cuidado religioso y cumplirse con la misma fidelidad.¹⁰
 10. Is 19.21, Ecl 5.4-6, Sal 61.8, 66.13-14, Dt 23.21,23.
6. Un voto no debe hacerse a nadie más que a Dios.¹¹ Para que sea aceptado, debe hacerse voluntariamente de forma fiel y consciente como agradecimiento por la misericordia recibida o como medio para conseguir lo que deseamos. Un voto nos obliga más estrictamente a los deberes necesarios o a otras cosas en la medida y por el tiempo que sea conveniente.¹²
 11. Sal 76.11, Jer 44.25-26.
 12. Dt 23.21,23, Sal 50.14, Gn 28.20-22, 1 Sm 1.11, Sal 66.13-14, 132.2-5.

Juramentos y Votos Legales

7. Nadie puede prometer hacer nada prohibido en la palabra de Dios, nada que obstaculice un deber ordenado en la palabra, o algo que no esté en su propio poder y para lo cual no tenga la capacidad ni la garantía de Dios para realizarlo.¹³ A este respecto Los votos monásticos de celibato perpetuo, pobreza profesada y obediencia constante no nos perfeccionan, sino que en realidad son trampas supersticiosas y pecaminosas en las que ningún cristiano debería enredarse.¹⁴

13. Hch 23.12,14, Mc 6.26, Nm 30.5, 8, 12-13.

14. Mt 19.11-12, 1 Cor 7.2,9, Ef 4.28, 1 Pe 4.2, 1 Cor 7.23, 1 Tes 4.11-12.

Capítulo 23

Autoridades Civiles

1. Dios, supremo Señor y Rey de todo el mundo, ha ordenado que las autoridades civiles estén sobre los pueblos bajo su dependencia para su propia gloria y el bien público. Con este fin, ha dotado a las autoridades civiles del poder de la espada para defender y alentar a los buenos y castigar a los malhechores.¹

1. Rom 13.1-4, 1 Pt 2.13-14

2. Es lícito que los cristianos acepten y desempeñen cargos de autoridad civil cuando esa sea su vocación.² En la administración de tales cargos deben tener cuidado de apoyar la verdadera religión, la justicia y la paz, de acuerdo con las leyes benéficas de cada gobierno,³ y al hacerlo pueden legítimamente, bajo el Nuevo Testamento, hacer la guerra en ocasiones justas y necesarias.⁴

2. Prv 8.15-16, Rom 13.1-4; véanse las citas en el apartado 1.

3. Sal 2.10-12, 1 Tm 2.2, Sal 82.3-4, 2 Sm 23.3, 1 Pt 2.13, Sal 101; véanse las citas en la sección 1 anterior.

4. Lc 3.14, Rom 13.1-4, Mt 8.9-10, Hch 10.1-2, Ap 17.14,16.

3. Las autoridades civiles no pueden asumir por sí mismas el ministerio de la palabra de Dios y los sacramentos, la administración del poder espiritual o cualquier interferencia con los asuntos de la fe.⁵ Sin embargo, es deber de las autoridades civiles proteger a la iglesia de nuestro Señor, sin dar preferencia a ninguna denominación de cristianos, para que toda persona con afiliaciones o deberes eclesiásticos pueda funcionar con completa e incuestionable libertad. Puesto que Jesucristo ha ordenado el establecimiento de un gobierno y una disciplina regulares en su iglesia, ninguna ley de ningún gobierno civil debe interferir, coartar u obstaculizar el correcto ejercicio del gobierno eclesiástico entre los miembros voluntarios de las denominaciones cristianas, actuando de acuerdo con sus propias creencias profesadas. Es deber de las autoridades civiles proteger la persona y el buen nombre de todos, de modo que nadie sea abusado, herido o insultado a causa de su fe religiosa o de la falta de ella.⁶ También es su deber velar por que todas las asambleas religiosas y eclesiásticas se celebren sin perturbaciones.⁷

5. 2 Cr 26.18, Mt 18.17, 16.19, 1 Cor 12.28-29, Ef 4.11-12, 1 Cor 4.1-2, Rom 10.15, Heb 5.4, Jn 18.36, Hch 5.29.

6. Is 49.23, Sal 122.9, Ezr 7.23-28, Lv 24.16, Dt 13.5-6,12, 2 Re 18.4, 1 Cr 13.1-9, 2 Re 23.1-26, 2 Cr 34.33, 15.12-13, Rom 13.1-6, Sal 105.15, Hch 18.14-16.

7. 2 Cr 19.8-11, 29 y 30, Mt 2.4-5, 2 Sm 23.3, Rom 13.4; véase la nota general.

Autoridades Civiles

4. Es deber de los hombres rezar por las autoridades,⁸ honrarlas,⁹ pagarles los impuestos y todo lo que se les debe,¹⁰ obedecer sus legítimas órdenes y someterse a ellas por causa de la conciencia.¹¹ La incredulidad o las diferentes opiniones religiosas de las autoridades civiles no significan que los creyentes, incluidos los clérigos,¹² deban desobedecerlas en el ejercicio legítimo de sus funciones.¹³ El Papa, por supuesto, no tiene poder ni jurisdicción sobre las autoridades civiles ni sobre las personas que están bajo sus órdenes en los asuntos seculares. El Papa nunca tiene derecho a usurpar la autoridad secular, particularmente la pena capital en casos de lo que se juzga herejía o cualquier otra falta.¹⁴

8. 1 Tm 2.1-3.

9. 1 Pt 2.17.

10. Rom 13.6-7, Mt 22.21.

11. Rom 13.5, Ti 3.1.

12. Rom 13.1, 1 Re 2.35, Hch 25.9-11, 2 Pe 2.1, 10-11, Jud 8-11.

13. 1 Pe 2.13-14, 16; esto se deduce de las obligaciones que acabamos de exponer.

14. 2 Ts 2.4, Ap 13.15-17, 2 Tm 2.24, 1 Pe 5.3; esto es una inferencia de la doctrina del magistrado civil, y de los deberes que incumben a los creyentes con respecto a él.

Capítulo 24

Matrimonio y Divorcio

1. El matrimonio es una unión entre un hombre y una mujer, designada por Dios para durar mientras ambos vivan.¹

1. Gn 2.23-24, 1 Cor 7.2,39, Mt 19.4-6, Ef 5.28,31,33, 1 Cor 13.8,13, Mt 5.31-32, Mc 10.5-9, Rom 7.2-3.

2. El matrimonio está destinado a la ayuda mutua de los esposos;² a la salvaguardia, el fortalecimiento y el desarrollo de su carácter moral y espiritual;³ a la propagación de los hijos y a la educación de éstos en la disciplina y la instrucción del Señor.⁴

2. Gn 2.18,24.

3. Gn 1.27-28, Ef 5.22-23, Col 3.18-19, Gn 2.18-25, 1 Cor 7.3-5, 9, 36.

4. Gn 1.27-28, 9.1, Mal 2.15, Mt 18.5-6,10,14, 19.14, Ef 6.1-4, Col 3.20-21, Mc 10.13-16, Lc 18.15-17.

3. Todas las personas que son capaces con juicio de dar su consentimiento pueden casarse,⁵ excepto dentro de los límites de la relación de sangre prohibida por las Escrituras,⁶ y tales matrimonios son válidos ante Dios a los ojos de la iglesia.⁷ Pero ningún matrimonio puede ser plena y seguramente cristiano en espíritu o en propósito a menos que ambos cónyuges estén comprometidos con una fe cristiana común y con una intención profundamente compartida de construir un hogar cristiano. Los cristianos evangélicos deben buscar como cónyuges sólo a personas que tengan en común una sólida base de fe evangélica.⁸

5. Gn 1.27-28.

6. Mc 6.18, 1 Co 5.1, Lv 18.6-18.

7. Mc 1.30, Jn 2.1-2, 1 Tm 5.14, Heb 13.4, 1 Cor 7.7,36, 9.5, 1 Tm 4.3.

8. 1 Co 7, especialmente. v. 39, 2 Co 6.14-15.

4. Para el cristiano, el matrimonio tiene un significado tanto religioso como civil.⁹ La contribución distintiva de la Iglesia en la celebración de la ceremonia matrimonial es afirmar la institución divina del matrimonio;¹⁰ invocar la bendición de Dios sobre aquellos que entran en la relación matrimonial de acuerdo con su palabra;¹¹ escuchar los votos de aquellos que desean casarse; y asegurar a los cónyuges la gracia de Dios dentro de su nueva relación.¹²

9. Prv 18.22, Mt 19.6, Ef 5.29-30, 32, Mc 10.9, 11-12.

10. Gn 1.27-28.

11. Mc 10.9.

12. Ef 5.22-23.

5. Es la intención divina que las personas que contraen el pacto matrimonial queden unidas inseparablemente, no permitiendo así ninguna disolución excepto la causada por la muerte del esposo o de la esposa.¹³ Sin embargo, las debilidades de uno o ambos cónyuges pueden conducir a graves y persistentes negación de los votos matrimoniales; sin embargo, sólo en casos de infidelidad (física o espiritual) extrema, sin arrepentimiento e irremediable se debe considerar la separación o el divorcio. Tal separación o divorcio se acepta como permisible sólo por el fracaso de uno o ambos cónyuges, y no disminuye en modo alguno la intención divina de la unión indisoluble.¹⁴

13. Gn 2.23-24, Mt 5.31-32, Mc 10.5-9, Rom 7.2-3, 1 Cor 7.2, 10-11,39, Ef 5.28,31,33, Mt 19.4-9, 1 Cor 13.4-13.

14. Mc 10.4-9, 1 Co 7.12-13, 15, Mt 19.7-9.

Matrimonio y Divorcio

6. El nuevo matrimonio de personas divorciadas puede ser sancionado por la iglesia de acuerdo con el evangelio redentor de Cristo, cuando se evidencia suficiente penitencia por el pecado y el fracaso, y se manifiesta un firme propósito y esfuerzo por el matrimonio cristiano.¹⁵

15. 2 Sm 12.13, Neh 9.17, Sal 32.5, 130.4, Mt 12.31a, 21.31-32, Jn 8.3,11, Rom 3.23, Gal 6.1, 1 Tim 2.4, Heb 7.25, 1 Jn 1.9, 2.1-2, Lc 7.36-50, 15.11-32, Jn 3.16-17, Rom 10.9-10.

7. Los divorciados deben reflexionar en oración para descubrir si la vocación de Dios para ellos es permanecer solteros, ya que un fracaso en este terreno plantea serias dudas sobre la rectitud y la sabiduría de emprender otra unión.¹⁶

16. Mt 5.31-32, 1 Cor 7.10-11, 20, 32-35, Mc 10.11, Lc 16.18.

Capítulo 25

La Iglesia

1. La Iglesia católica o universal es invisible y está formada por todos los elegidos que han sido, son o serán reunidos en uno bajo Cristo, la cabeza. La Iglesia es su cuerpo y esposa, la plenitud de Dios, que todo lo llena en todo.¹

1. Ef 1.10, 22-23, 5.23,27,32, Col 1.18.

2. La iglesia visible también es católica o universal bajo el evangelio, es decir, no está confinada a una nación como antes bajo la Ley Mosaica. Está compuesta por todos los que en el mundo profesan la verdadera religión² junto con sus hijos.³ La iglesia visible es el reino del Señor Jesucristo⁴ y la casa y familia de Dios,⁵ fuera de la cual la gente normalmente no puede ser salva.⁶

2. 1 Cor 1.2, 12.12-13, Sal 2.8, Ap 7.9, Rom 15.9-12.

3. 1 Cor 7.14, Hch 2.39, Ez 16.20-21, Rom 11.16, Gn 3.15, 17.7, Gal 3.7,9,14, Rom 4, Mc 10.13-16.

4. Mt 13.47, Is 9.7, Col 1.13, Mt 13.31, Sal 72.

5. Ef 2.19, 3.15, Prv 29.18.

6. Hch 2.47, Mt 28.19, Hch 2.38, 1 Cor 12.13, Mt 26.26-28,10.32-33.

3. Para reunir y perfeccionar a los santos en esta vida hasta el fin del mundo, Cristo ha dado el ministerio, las Escrituras y las ordenanzas de Dios a esta iglesia universal visible, y por su propia presencia y Espíritu capacita a la iglesia para que funcione de esta manera según su promesa.⁷

7. 1 Cor 12.23, Ef 4.11-13, Mt 28.19-20, Is 59.21.

4. Esta iglesia universal ha sido a veces más y a veces menos visible.⁸ Las iglesias particulares, que son miembros de ella, también son más o menos puras, dependiendo de cómo se acepta y enseña el evangelio, cómo se administran las ordenanzas de Dios y cómo se realiza el culto público.⁹

8. Rom 11.3-4, Ap 12.6,14, Hch 9.31.

9. Ap 2 y 3, 1 Co 5.6-7, Hch 2.41-42.

5. Las iglesias más puras bajo el cielo están sujetas tanto a la impureza como al error.¹⁰ Algunas iglesias han degenerado tanto que no son iglesias de Cristo, sino sinagogas de Satanás.¹¹ Sin embargo, siempre habrá una iglesia en la tierra para adorar a Dios según su voluntad.¹²

10. 1 Cor 5, 13.12, Rv 2 y 3, Mt 13.24-30, 47-48, 1 Cor 1.2.

11. Ap 18.2, Rom 11.18-22, Ap 2.9.

12. Mt 16.18, Sal 102.28, Mt 28.19-20, Sal 72, 17.

6. No hay otra cabeza de la Iglesia que el Señor Jesucristo.¹³

13. Col 1.18, Ef 1.22.

Capítulo 26

La Comunidad de los Santos

1. Todos los creyentes están unidos a Jesucristo, su cabeza, por su Espíritu y por la fe, y tienen comunión con Él en su gracia, sufrimiento, muerte, resurrección y gloria.¹ Unidos unos a otros en el amor, los santos tienen comunión en los dones y la gracia de los demás² y están obligados a cumplir aquellos deberes públicos y privados que alimentan su bien mutuo, tanto espiritual como físico.³

1. 1 Jn 1.3, Ef 3.16-19, Jn 1.16, Ef 2.5-6, Fil 3.10, Rom 6.5-6, 2 Tm 2.12, Rom 8.17.
2. Ef 4.15-16, 1 Cor 12.7, 3.21-23, Col 2.19, 1 Jn 1.3,7.
3. 1 Ts 5.11,14, Rom 1.11-12, 14, 1 Jn 3.16-18, Gal 6.10.

2. Por su profesión de fe, los santos están obligados a mantener entre sí una santa comunión y comunión en el culto a Dios y en la realización de otros servicios espirituales para su mutuo perfeccionamiento.⁴ También están obligados a ayudarse mutuamente en las cosas materiales según sus diferentes capacidades y necesidades. Esta comunión ha de ofrecerse, según Dios dé la oportunidad, a todo el que invoque el nombre del Señor Jesús en cualquier lugar.⁵

4. Heb 10.24-25, Hch 2.42,46, Is 2.3, 1 Cor 11.20.
5. Hch 2.44-45, 1 Jn 3.17, 2 Cor 8 y 9, Hch 11.29-30.

3. Esta comunión que los santos tienen con Cristo no significa en modo alguno que participen de su divinidad o que sean iguales a él en ningún aspecto; afirmar lo uno o lo otro es impío y blasfemo.⁶ Tampoco su comunión mutua quita o infringe el derecho que cada persona tiene a poseer y tener bienes y propiedades.⁷

6. Col 1.18-19, 1 Cor 8.6, Is 42.8, 1 Tm 6.15-16, Sal 45.7, Heb 1.8-9, Sal 14.7.
7. Ex 20.15, Ef 4.28, Hch 5.4.

Capítulo 27

Los Sacramentos

1. Los sacramentos son signos y sellos sagrados de la alianza de la gracia. Fueron instituidos por Dios junto con esa alianza¹ para representar a Cristo y sus beneficios, para confirmar nuestra posición con él y en él,² para demostrar una diferencia visible entre los que pertenecen a la iglesia y el resto del mundo,³ y para comprometer solemnemente a los creyentes en el servicio de Dios en Cristo según su palabra.⁴
 1. Rom 4.11, Gn 17.7, 9-11, Mt 28.19, 1 Cor 11.23, Ex 13.9-10, 12.3-20.
 2. 1 Cor 10.16, 11.25-26, Gal 3.27.
 3. Rom 15.8, Ex 12.48, Gn 34.14, 1 Cor 10.21, Heb 13.10, 1 Cor 11.27-29.
 4. Rom 6.3-4, 1 Cor 10.2, 14-16, 21; véase el contexto.
2. En todo sacramento existe una relación espiritual o unión sacramental entre el signo y la cosa significada. Y así los nombres y efectos del uno se atribuyen al otro.⁵
 5. Gn 17.10, Mt 26.27-28, Ti 3.5.
3. La gracia revelada en o por los sacramentos en su recto uso no procede de ningún poder en ellos. Tampoco la eficacia de un sacramento depende de la devoción o de la intención de quien lo administra. El poder y la eficacia de los sacramentos son más bien el resultado de la obra del Espíritu⁶ y descansan en la palabra de Dios que los instituye, puesto que su palabra autoriza su uso y promete beneficios a quienes dignamente los reciben.⁷
 6. Rom 2.28-29, 1 Pe 3.21, Mt 3.11, 1 Cor 12.13, 3.7, 6.11, Jn 3.5, Hch 8.13-23.
 7. Mt 26.27-28, 28.19-20, Jn 6.63, Lc 22.19-20, 1 Co 11.26.
4. Sólo hay dos sacramentos ordenados por Cristo nuestro Señor en el Evangelio: el bautismo y la cena del Señor.⁸ De ordinario, ninguno de ellos puede ser administrado por nadie sino por un ministro de la palabra legalmente ordenado.⁹
 8. Mt 28.19, 1 Cor 11.20,23, 4.1, Heb 5.4.
 9. Véase la nota general.
5. Los sacramentos del Antiguo Testamento significan y revelan en sustancia las mismas cosas espirituales que los del Nuevo.¹⁰
 10. 1 Cor 10.1-4, 5.7-8, Col 2.11-12.

Capítulo 28

El Bautismo

1. El bautismo es un sacramento del Nuevo Testamento, ordenado por Jesucristo.¹ Por el bautismo una persona es admitida solemnemente en la iglesia visible.² El bautismo es también señal y sello de la alianza de la gracia,³ del injerto del creyente en Cristo,⁴ del renacimiento,⁵ de la remisión de los pecados,⁶ y de la entrega del creyente a Dios por medio de Jesucristo para caminar en novedad de vida.⁷ Por indicación del propio Cristo, este sacramento ha de continuar en su iglesia hasta el fin del mundo.⁸

1. Mt 28.19, Mc 16.16.
2. 1 Cor 12.13, Gal 3.27-28, Hch 2.41, 10.47.
3. Rom 4.11, Col 2.11-12, Gal 3.29.
4. Gal 3.27, Rom 6.3-5.
5. Ti 3.5.
6. Mc 1.4, Hch 2.38, 22.16.
7. Rom 6.3-4.
8. Mt 28.19-20.

2. La sustancia física que se utiliza en este sacramento es el agua. La persona debe ser bautizada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo⁹ ordinariamente por un ministro del evangelio legalmente llamado.¹⁰

9. Mt 3.11, Jn 1.33, Mt 28.19-20, Hch 8.36,38, 10.47, Ef 4.11-13.
10. Ver Nota General.

3. No es necesario sumergir a la persona en el agua. El bautismo se administra correctamente derramando o rociando agua sobre la persona.¹¹

11. Heb 9.10,19-22, Hch 2.41, 16.33, Mc 7.4, Hch 1.5, 2.3-4,17, 11.15-16, 10.46-47, 1 Cor 10.2.

4. No sólo deben ser bautizados quienes profesan fe y obediencia a Cristo¹², sino también los niños de uno o ambos padres creyentes.¹³

12. Mc 16.15-16, Hch 8.37-38; véanse las citas del apartado 1, Hch 9.18.
13. Gn 17.7,9-10, Gal 3.9,14, Col 2.11-12, Hch 2.38-39, Rom 4.11-12, 1 Cor 7.14, Mt 28.19, Mc 10.13-16, Lc 18.15-16, Hch 16.14-15,33.

5. Aunque es un gran pecado condenar o descuidar este sacramento¹⁴, el bautismo no está inseparablemente unido a la gracia de Dios y a la salvación. Uno puede salvarse y renacer sin el bautismo,¹⁵ y, por otra parte, todo el que se bautiza no renace incuestionablemente.¹⁶

14. Lc 7.30, Ex 4.24-26, Gn 17.14, Dt 28.9.
15. Rom 4.11, Hch 10.2, 4, 22, 31, 45-47, Lc 23.40-43.
16. Hch 8.13,23.

6. La eficacia del bautismo no está ligada al momento en que se administra.¹⁷ Sin embargo, mediante el uso correcto de este sacramento, la gracia prometida en él no sólo se ofrece, sino que el Espíritu Santo la encarna y confiere a todo aquel (adulto o niño) a quien se le da esa gracia, según el propósito de la propia voluntad de Dios y en su tiempo señalado.¹⁸

17. Jn 3.5,8, Rom 4.11.
18. Gal 3.27, Ti 3.5, Ef 5.25-26, Hch 2.38-41, Ef 1.4-5, Hch 16.31,33.

7. El sacramento del bautismo debe administrarse una sola vez a una persona.¹⁹

19. Ti 3.5; no hay mandamiento ni ejemplo adecuado para la repetición del bautismo.

Capítulo 29

La Cena del Señor

1. La noche en que Jesús fue traicionado instituyó el sacramento de su cuerpo y de su sangre, llamado la cena del Señor, para que se observara en su iglesia hasta el fin del mundo como recuerdo perpetuo de su sacrificio en la muerte y como sello de todos los beneficios de ese sacrificio para los verdaderos creyentes. También significa el alimento espiritual y el crecimiento de los creyentes en Jesús y su compromiso adicional de cumplir todos los deberes que le deben. Por último, es vínculo y prenda de la comunión de los creyentes con Jesús y entre sí como miembros de su cuerpo místico.¹

1. 1 Cor 11.23-26, 10.16-17, 21, 12.13, Mt 26.26-27, Lc 22.19-20.

2. En este sacramento Cristo no es ofrecido a su Padre, ni se hace ningún sacrificio real para la remisión de los pecados de los vivos o de los muertos.² Más bien, este sacramento conmemora la ofrenda de Cristo de sí mismo, por sí mismo, en la cruz una vez por todas, y ofrece espiritualmente a Dios todas las alabanzas posibles por ese sacrificio.³ En consecuencia, el llamado sacrificio de la misa católica romana hace una injusticia detestable al único sacrificio de Cristo, que es la única propiciación por todos los pecados de los elegidos.⁴

2. Heb 9.22, 25-26, 28.

3. 1 Cor 11.24-26, Mt 26.26-27, Lc 22.19-20.

4. Heb 7.23-24, 27, 10.11-12, 14, 18.

3. En la administración de la cena del Señor, Jesús ha ordenado a sus ministros que declaren a la congregación sus palabras instituyendo este sacramento, que oren y que bendigan el pan y el vino, que son así apartados de su uso ordinario y destinados a un uso santo. Sus ministros deben tomar y partir el pan, tomar el cáliz y (comunicándose ellos también) dar ambos a los comulgantes, pero no a nadie que no esté presente en ese momento en la congregación.⁵

5. Mt 26.26-28, Mc 14.22-24, Lc 22.19-20, 1 Cor 11.23-27; véanse las citas de los apartados 1 y 2, Hch 20.7, 1 Cor 11.20.

4. Prácticas contrarias a la naturaleza de este sacramento y a la institución del mismo por Cristo son las misas privadas o recibir el sacramento a solas de un sacerdote o de cualquier otra persona,⁶ negar el cáliz a la congregación;⁷ y adorar el pan y el vino por sí mismos levantándolos o llevándolos para adorarlos o reservándolos para cualquier uso religioso falso.⁸

6. 1 Cor 10.6, 1 Tm 1.3-4.

7. Mc 4.23, 1 Co 11.25-29.

8. Mt 15.9; no hay la menor apariencia de garantía para ninguna de estas cosas, ni en precepto ni en ejemplo, en ninguna parte de la palabra de Dios; véanse todos los lugares en que se menciona la ordenanza.

5. El pan y el vino en este sacramento, propiamente apartados para los usos ordenados por Cristo, se relacionan de tal manera con Él crucificado, que en verdad, y sin embargo sólo sacramentalmente, a veces se les llama por el nombre de lo que representan, es decir, el cuerpo y la sangre de Cristo.⁹ Aun así, siguen siendo en sustancia y naturaleza sólo pan y vino, como lo eran antes de su uso sacramental.¹⁰

9. Mt 26.26-28.

10. 1 Cor 11.26-28, Mt 26.29.

6. La enseñanza de que la sustancia del pan y del vino se transforma en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Cristo (generalmente llamada transubstanciación) por la consagración de un sacerdote o por cualquier otro medio, es objetable no sólo a las Escrituras, sino incluso al sentido común y a la razón.

La Cena del Señor

Tal enseñanza de la Cena del Señor trastoca la naturaleza del sacramento y ha sido y es la causa de mucha superstición y, de hecho, de flagrante idolatría.¹¹

11. Hch 3.21, 1 Cor 11.24-26, Lc 24.6, 39; estas afirmaciones son inferencias de la doctrina de los sacramentos y no requieren pruebas específicas de las Escrituras.

7. Los dignos receptores, participando físicamente de las sustancias visibles de este sacramento, también reciben y se alimentan espiritualmente, por la fe, real y de hecho, pero no física ni corporalmente, de Cristo crucificado y de todos los beneficios de su muerte. El cuerpo y la sangre de Cristo no están entonces corporal o físicamente en, con o bajo el pan y el vino, sino que están realmente presentes espiritualmente a la fe de los creyentes en la administración de este sacramento, así como el pan y el vino están físicamente presentes.¹²

12. 1 Cor 11.28, 5.7-8, 10.16,3-4, Jn 6.53,58; véase la nota del apartado 6.

8. Aunque los hombres ignorantes o malvados participen de las sustancias físicas de este sacramento, no reciben lo que ellas significan. Sin embargo, por su indigna venida a la mesa del Señor son culpables de su cuerpo y de su sangre y atraen el juicio sobre sí mismos. Por lo tanto, así como los ignorantes e impíos no son aptos para gozar de la comunión con Cristo, tampoco son dignos de acercarse a la mesa del Señor, y, mientras sigan siendo ignorantes e impíos, no se les puede ni se les debe permitir participar del santo misterio de la comunión sin cometer un gran pecado contra Cristo.¹³

13. 1 Cor 11.27-29, 2 Cor 6.14-16, 1 Cor 10.21, 5.6-7,13, 2 Tes 3.6,14-15, Mt 7.6.

Capítulo 30

Condenación por la Iglesia

1. Como rey y cabeza de su iglesia, el Señor Jesús ha ordenado el establecimiento de un gobierno eclesiástico, separado de la autoridad civil, que ha de ser administrado por oficiales de la iglesia.¹
 1. Is 9.6-7, 1 Tm 5.17, 1 Ts 5.12, Hch 20.17,28, Heb 13.7,17,24, 1 Cor 12.28, Mt 28.18-20, Sal 2.6-9, Jn 18.36.
2. A estos oficiales se les confían las llaves del reino de los cielos, que los facultan para liberar a las personas de la culpa del pecado o para atarlas a él; para cerrar el reino de los cielos a los impenitentes mediante la palabra y la condenación; y para abrir el reino a los pecadores arrepentidos mediante el ministerio del evangelio y retirando la condenación según lo exija la ocasión.²
 2. Mt 16.19, 18.17-18, Jn 20.21-23, 2 Cor 2.6-8.
3. La condenación por parte de la iglesia es necesaria para reclamar y recuperar a los hermanos espirituales que han cometido alguna ofensa grave; para disuadir a otros de cometer ofensas similares; para purgar esa levadura que podría contaminar toda la masa; para vindicar el honor de Cristo y la santa profesión del evangelio; y para evitar la ira de Dios, que podría caer justamente sobre la iglesia, si permitiera que su pacto y los sacramentos fueran profanados por ofensores notorios y obstinados.³
 3. 1 Cor 5, 1 Tm 5.20, Mt 7.6, 1 Tm 1.20, 1 Cor 11.27-34, Judas 23, 2 Sm 12.14.
4. La mejor manera de lograr estos propósitos es que los oficiales de la iglesia actúen de acuerdo con la gravedad de la ofensa y la culpabilidad del ofensor, amonestándolo, excluyéndolo del sacramento de la cena del Señor por un tiempo o excomulgándolo de la iglesia.⁴
 4. 1 Tes 5.12, 2 Tes 3.6,14-15, 1 Cor 5.4-5,13, Mt 18.17, Ti 3.10.

Capítulo 31

Sínodos y Concilios

1. Las asambleas que generalmente se llaman sínodos o concilios deben celebrarse para el mejor gobierno y continuo mejoramiento de la iglesia. En virtud de su oficio y del poder que Cristo les ha dado para edificar y no destruir, los dirigentes de las iglesias particulares deben organizar tales asambleas y reunirse en ellas con la frecuencia que se juzgue necesaria para el bien de la iglesia.¹

1. Hch 15.1-41, Ap 2.1-6, Hch 20.17,28, Is 49.23, 1 Tm 2.1-2, 2 Cr 19.8-11, 29-30, Mt 2.4-5, Prv 11.14, Hch 15, 20.17.

2. En cuanto al ministerio, corresponde a los sínodos y concilios dirimir las controversias de fe y los casos relativos a cuestiones de conciencia, establecer reglas y directrices para la mejor administración del culto público de Dios y del gobierno de la Iglesia, y oír las quejas en casos de mala administración y resolverlas con autoridad. Si estas decisiones se ajustan a la palabra de Dios, deben ser aceptadas con reverencia y sumisión, no sólo porque están de acuerdo con la palabra, sino también porque descansan en la autoridad ordenada y dispuesta por Dios en su palabra.²

2. Hch 15.15,19,24,27-31, 16.4, Mt 18.17-20,29.

3. Desde los tiempos apostólicos, todos los sínodos y concilios, ya sean generales o locales, pueden cometer errores, y muchos lo han hecho. En consecuencia, los sínodos y concilios no deben constituirse en autoridad final en cuestiones de fe y de vida, sino que deben servir de ayuda para ambas.³

3. Ef 2.20, Hch 17.11, 1 Cor 2.5, 2 Cor 1.24; véase la Nota General.

4. Los sínodos y concilios deben considerar y resolver sólo las cuestiones eclesiásticas. No deben inmiscuirse en los asuntos civiles que conciernen al Estado, salvo en casos extraordinarios de modestas peticiones o en calidad de asesores impulsados por la conciencia religiosa, cuando lo soliciten las autoridades civiles.⁴

4. Lc 12.13-14, Jn 18.36, Mt 22.21.

Capítulo 32

La Condición del Hombre después de la Muerte y la Resurrección de los Muertos

1. Después de la muerte, los cuerpos de los seres humanos se descomponen y vuelven al polvo,¹ pero sus almas, que no mueren ni duermen, tienen una existencia inmortal y vuelven inmediatamente a Dios, que las creó.² Las almas de los justos se perfeccionan entonces en santidad y son recibidas en los cielos más altos, donde contemplan el rostro de Dios en luz y gloria y esperan la plena redención de sus cuerpos.³ Las almas de los malvados son arrojadas al infierno, donde permanecen en tormento y oscuridad completa, apartadas para el gran día del juicio.⁴ La Escritura sólo reconoce estos dos lugares, y ningún otro, para las almas separadas de sus cuerpos.

1. Gn 3.19, Hch 13.36.

2. Lc 23.43, Ecl 12.7, Flp 1.23, 2 Co 5.6-8.

3. Heb 12.23, 2 Cor 5.1,6,8, Fil 1.23, Hch 3.21, Ef 4.10, 1 Jn 3.2, Lc 16.23, Rom 8.23; véase la figura 2 arriba, Ap 7.4,15.

4. Lc 16.23-24, Hch 1.25, Jud 6-7, 1 Pe 3.19, 2 Pe 2.9.

2. Los que estén vivos en el último día no morirán, sino que serán transformados.⁵ En ese momento todos los muertos resucitarán con los mismos cuerpos y nada menos que con los mismos cuerpos que tenían antes, aunque con características diferentes, que se unirán de nuevo a sus almas para siempre.⁶

5. 1 Tes 4.17, 1 Cor 15.51-52.

6. Jb 19.26-27, 1 Cor 15.42-44; véase el contexto anterior.

3. Por el poder de Cristo los cuerpos de los injustos serán resucitados para deshonra, pero por su Espíritu los cuerpos de los justos serán resucitados para honra y serán hechos conforme al modelo de su propio cuerpo glorioso.⁷

7. Hch 24.15, Jn 5.28-29, 1 Co 15.42, Flp 3.21.

Capítulo 33

El Juicio Final

1. Dios Padre ha establecido un día en el que juzgará al mundo en justicia por medio de Jesucristo,¹ a quien ha dado todo poder y todo juicio.² En ese día no sólo serán juzgados los ángeles apóstatas, sino que todos los hombres que han vivido en la tierra comparecerán ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de sus pensamientos, palabras y acciones, y serán juzgados según lo que hayan hecho en el cuerpo, sea bueno o malo.³

1. Hch 17.31, Mt 25.31-34.

2. Jn 5.22,27.

3. 1 Cor 6.3, Judas 6, 2 Pe 2.4, 2 Cor 5.10, Ecl 12.14, Rom 2.16, 14.10,12, Mt 12.36-37, 1 Cor 3.13-15.

2. El propósito de Dios al disponer este día es mostrar la gloria de su misericordia en la salvación eterna de los elegidos⁴ y la gloria de su justicia en la condenación de los réprobos, que son malvados y desobedientes.⁵ En ese momento los justos irán a la vida eterna y recibirán esa plenitud de gozo y refrigerio que vendrá de la presencia del Señor.⁶ Pero los malvados, que no conocen a Dios y no obedecen el evangelio de Jesucristo, serán arrojados al tormento eterno y castigados con la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.⁷

4. Rom 9.23, Mt 25.21, Ef 2.4-7.

5. Rom 2.5-6, 2 Tes 1.7-8, Rom 9.22.

6. Mt 25.31-34, Hch 3.19, 2 Ts 1.7, Sal 16.11.

7. Mt 25.41,46, 2 Tes 1.9, Is 66.24, Mc 9.47-48.

3. Cristo quiere que estemos completamente convencidos de que va a haber un día de juicio, como elemento disuasorio del pecado para todos y como consuelo añadido para los piadosos en su sufrimiento.⁸ También se ha asegurado de que nadie sepa cuándo será ese día, para que nunca descansemos seguros en nuestro entorno mundano, sino que, al no saber a qué hora vendrá el Señor, estemos siempre alerta y podamos estar siempre preparados para decir: "Ven, Señor Jesús, ven pronto".⁹ Amén.

8. 2 Pe 3.11,14, 2 Cor 5.10-11, 2 Ts 1.5-7, Lc 21.27-28, Rom 8.23-25.

9. Mt 24.36, 42-44, Mc 13.35-37, Lc 12.35-36, Ap 22.20.

Capítulo 34

El Espíritu Santo

1. El Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, de la misma sustancia e igual en poder y gloria, es, junto con el Padre y el Hijo, para ser creído, amado, obedecido y adorado en todas las edades.

2 Co 13.14, Jn 15.26, Mt 28.19, 3.16-17, Lc 1.35, Ef 4.30, Heb 10.29, 1 Co 10.10-11, Ap 22.17, Ef 2.18-20,22, Jn 14.26, 16.7, Gal 4.4-6, Hch 5.3-4, 16.6-7, Mc 3.29, Rom 8.26-27, 1 Jn 2.20-27, Hch 2.33, Jn 20.22, Rom 8.14, 1 Tes 5.19, Jn 4.24.

2. Él es el Señor y dador de vida, presente en todas partes, y es la fuente de todos los buenos pensamientos, deseos puros y santos consejos en los hombres. Por él fueron movidos los profetas a hablar la palabra de Dios, y todos los escritores de las Sagradas Escrituras fueron inspirados para registrar infaliblemente la mente y la voluntad de Dios. La dispensación del Evangelio le ha sido confiada especialmente. Él prepara el camino para ella, la acompaña con su poder persuasivo, y exhorta a su mensaje sobre la razón y la conciencia de los hombres, de modo que los que rechazan su oferta misericordiosa no sólo están sin excusa, sino que también son culpables de resistir al Espíritu Santo.

Ef 4.30, 5.9, Gn 1.2, Jn 3.5,7, Hch 2.1-21, Gal 5.22-25, Jn 16.8-11, 2 Pt 1.21, 2 Tm 3.16, 1 Cor 2.9-10,13, 1 Pt 1.11, Jn 16.13-15, Hch 7.51, 1 Ts 5.19, Sal 104.30, 139.7, Hch 28.25, 1.8, 2.7, Rom 8.9,14-16, Ti 3.5-6, Rom 5.5, Mt 12.31-32.

3. El Espíritu Santo, que el Padre está siempre dispuesto a dar a todos los que se lo piden, es el único agente eficaz en la aplicación de la redención. Él regenera a los hombres por su gracia, los convence de pecado, los mueve al arrepentimiento y los persuade y capacita para abrazar a Jesucristo por la fe. Él une a todos los creyentes a Cristo, mora en ellos como su consolador y santificador, les da el espíritu de adopción y de oración, y realiza todos estos oficios de gracia por los cuales son santificados y sellados para el día de la redención.

Jn 3.1-8, Hch 2.38, Lc 11.13, 1 Co 12.3, Jn 7.37-39, 16.13, 16.7-11, Ap 22.17, Ti 3.5-7, 2 Ts 2.13, Gál 4.6, 1 Jn 4.2, Rom 8.14-17,26-27, Ef 4.30, 1 Cor 2.13-14, Ef 1.13, 1 Ts 1.5, Gal 6.8, Ef 2.18, 5.9, 4.3, Judas 20-21, Rom 15.16, Heb 10.14-15, 1 Cor 6.19, 3.16.

4. Por la morada del Espíritu Santo, todos los creyentes, estando vitalmente unidos a Cristo, que es la cabeza, están así unidos unos a otros en la iglesia, que es su cuerpo. Él llama y unge a los ministros para su santo oficio, capacita a todos los demás oficiales de la iglesia para su trabajo especial, e imparte diversos dones y gracias a sus miembros. Él da eficacia a la palabra y a las ordenanzas del Evangelio. Por medio de él la iglesia será preservada, aumentada, purificada y, finalmente, hecha perfectamente santa en la presencia de Dios.

Ef 2.14-18, 4.1-6,30, 5.18, Hch 2.4, 13.2-3, 1 Cor 12.4-13, 2 Pt 1.19-21, 1 Tes 1.5-6, Jn 20.22-23, Mt 28.19-20, Hch 20.28, 6.3,5-6, Gal 5.16,22-23, 2 Tm 3.16, Jn 16.13-14, 1 Cor 2.10, Rv 2.7, Hch 1.8, Rv 22.17.

Capítulo 35

El Evangelio del Amor de Dios y las Misiones

1. Dios, en amor infinito y perfecto, habiendo provisto en el pacto de gracia, por la mediación y sacrificio del Señor Jesucristo, un camino de vida y salvación, suficiente y adaptado a toda la raza perdida del hombre, ofrece libremente esta salvación a todos los hombres en el evangelio.

Ap 22.17, Jn 3.16, 1 Jn 2.1-2, Hch 2.38-39, Mt 11.28-30, 2 Co 5.14-19, Ti 2.11, Heb 2.9, Lc 24.46-47, Jer 31.3, 1 Jn 4.9,16, Ti 3.4-5. Heb 13.20-21, 12.22-24, 8.10, Ef 2.8, 1 Tm 2.5-6, Heb 9.26, 1 Cor 15.3, Rom 5.6,8, Jn 10.10-11, 11.25, 14.6,19, Flp 1.21, Hch 4.12, Rom 1.16, Heb 5.9, 2 Pe 3.9, Mt 24.14, Jn 4.42, Ap 11.15, Rom 6.23, 2 Cor 9.15.

2. En el Evangelio, Dios declara su amor al mundo y su deseo de que todos los hombres se salven; revela plena y claramente el único camino de salvación; promete la vida eterna a todos los que se arrepientan de verdad y crean en Cristo; invita y manda a todos que abracen la misericordia ofrecida; y por medio de su Espíritu, que acompaña a la Palabra, ruega a los hombres que acepten su bondadosa invitación.

Mt 28.19-20, Hch 4.12, Jn 6.37-40, 17.3, Hch 16.30-31, 2.38, Gal 2.16-20, Rom 1.16-17, 4.5, Hch 13.38-39,48, 2 Pe 3.9, Mt 11.28-30, Mc 1.14-15, Hch 17.30, Ap 22.17, Ez 33.11, Is 1.18, Lc 13.34, Jn 3.16-17, 1 Jn 4.9-10, Is 45.22, Heb 10.19-22, Jn 14.6, Rom 10.9, 1 Pe 1.8-9, Heb 3.7-8, 2 Co 6.2, Heb 4.16, Rom 5.8, 2 Ts 3.5, Fil 2.12-13, Jn 16.13-14.

3. Es deber y privilegio de todo el que oye el Evangelio aceptar inmediatamente sus misericordiosas disposiciones; y los que continúan en impenitencia e incredulidad incurren en culpa agravada y perecen por su propia culpa.

Heb 2.3, 12.25, Hch 13.46, Mt 10.32-33, Lc 12.47-48, Heb 10.29, 1 Ts 5.9-10, Jn 1.12, Heb 4.16, Ap 22.17, 1 Tm 6.12, Jn 3.18, Mt 25.46, Rom 6.23.

4. Puesto que no hay otro camino de salvación que el revelado en el Evangelio, y puesto que en el método divinamente establecido y ordinario de la gracia la fe viene por el oír la palabra de Dios, Cristo ha comisionado a su iglesia a ir por todo el mundo y hacer discípulos a todas las naciones. Por lo tanto, todos los creyentes tienen la obligación de sostener las ordenanzas de la religión cristiana donde ya están establecidas, y de contribuir con sus oraciones, dones y esfuerzos personales a la extensión del reino de Cristo por toda la tierra.

Hch 4.12, Mt 28.19-20, Hch 1.8, Rom 10.13-17, Heb 10.19-25, Gal 3.28, 1 Cor 16.1-2, Mt 9.36-38, Hch 13.2-4, Col 3.16, Ap 22.17, Col 1.28-29, Hch 16.31, 2 Tm 3.15, Jn 5.39, Mt 24.14, 13.38, Jn 17.18, Hch 20.28, 1 Pt 5.2, Jn 21.15-16, 1 Cor 3.9, 11.24, 2 Cor 1.11, Ef 6.18-19, Heb 13.16, Gal 6.6, Mt 10.8, 2 Cor 9.7, 2 Tm 2.15, Rom 12.11, Col 3.23-24, Mt 6.10,13, Ap 11.15.

Epílogo sobre los Textos

Los principales cambios introducidos por los presbiterianos estadounidenses en la Confesión de Westminster en 1788 se referían a las declaraciones sobre la relación entre la Iglesia y el gobierno civil en los capítulos 23 y 31. La Confesión original de 1647 permite cierta autoridad secular e interferencia en los asuntos de la Iglesia, que los presbiterianos estadounidenses no estaban dispuestos a conceder. La Confesión original de 1647 permite cierta autoridad secular e interferencia en los asuntos de la Iglesia, que los presbiterianos estadounidenses no estaban dispuestos a conceder.

Tras la gran división de la iglesia en la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América (PCUSA) y la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos (PCUS) al término de la Guerra Civil, tanto la PCUSA como la PCUS escribieron nuevos capítulos sobre el matrimonio. La Iglesia Evangélica Presbiteriana ha adoptado lo que era la versión PCUS del capítulo 24.

El EPC también ha adoptado los nuevos capítulos 34 y 35 de la versión estadounidense. Éstos fueron añadidos por la PCUSA en 1903, y posteriormente por la PCUS y la Iglesia Presbiteriana Reformada Asociada. La redacción original de estos dos capítulos incluía expresiones deliberadamente arcaicas ("doth", "hath", etc.), que aquí se han modernizado.

El EPC ha modificado la Confesión en tres puntos. En el capítulo 27, sección 4, y en el capítulo 28, sección 2, se ha añadido la palabra "ordinariamente". La frase "de modo que el matrimonio muera en el corazón y la unión se convierta en" se ha suprimido de la segunda frase de la Sección 5 del Capítulo 24. Para el Catecismo Mayor, se ha sustituido "sólo" por "ordinariamente" en A 176.

Los editores son: Dr. Philip Rollinson, Profesor Emérito de Inglés en la Universidad de Carolina del Sur, Columbia, y Dr. Douglas F. Kelly, Profesor Jordon de Teología Sistemática en el Seminario Teológico Reformado, Charlotte, NC. A ellos se han unido el Dr. Hugh W. McClure, III, ministro presbiteriano jubilado, para la Confesión, y el Dr. S. Donald Fortson, III, profesor adjunto de Historia de la Iglesia y Teología Práctica en el Reformed Theological Seminary, Charlotte, NC, para el Catecismo Mayor.

Para el Catecismo Menor, los doctores Kelly y Rollinson estuvieron acompañados por un equipo de traducción del Grupo Westshor de Jackson, Mississippi: Rev. Frederick T. Marsh, Thomas I. Rice, III, A. Jerry Sheldon, Dr. Luder G. Whitlock, Jr. y Rev. William K. Wymond. El Grupo Westshor estaba formado por un grupo de miembros laicos de la Primera Iglesia Presbiteriana de Jackson, Mississippi, que concibieron la modernización del Catecismo Menor en la década de 1980 siguiendo el ejemplo de la Confesión de Fe en lenguaje moderno y que subvencionaron el proyecto.

